

Año I

Núm. 1

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN



SUMARIO: ATENEA □ ENRIQUE L.

MARSHALL: *Unamuno y el sentimiento de la inmortalidad*

□ CARLOS CHARLÍN: *El programa espiritual de un universitario* □ ALONE: *La Voluntad* □ ÁNGEL CRU-

CHAGA S. M.: □ *El Viaje* □ FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ:

Canciones de la soledad invencible □ EDUARDO BARRIOS:

La Saturación Literaria □ ENRIQUE MOLINA: *Psicología de los Libros.* □ □ *Hombres, Ideas y Libros:*

EUGENIO LABARCA: *Poetisas uruguayas* □ E. M.:

Pío Baroja y los latino-americanos □ *Labor educacional chilena en Arica* □ *La Universidad de Concepción.*

516-1

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ ~ Abril, 1924

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN



SUMARIO: ATENEA □ ENRIQUE L.

MARSHALL: *Unamuno y el sentimiento de la inmortalidad*

□ CARLOS CHARLÍN: *El programa espiritual de la universidad* □ ALONE: *La Voluntad* □ ÁNGEL CRU-

CHAGA S. M.: □ *El Viaje* □ FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ:

Canciones de la soledad invencible □ EDUARDO BARRIOS:

La Saturación Literaria □ ENRIQUE MOLINA: *Psicología de*

los Libros. □ □ *Hombres, Ideas y Libros:*

EUGENIO LABARCA: *Poetisas uruguayas* □ E. M.:

Pío Baroja y los latino-americanos □ *Labor educacional*

chilena en Arica □ *La Universidad de Concepción.*



Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ ~ Abril, 1924

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTIVA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).

EDITOR Y AGENTE GENERAL: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO I

ABRIL DE 1924

NÚM. 1

Atenea



DESPUÉS de cinco años de labor, la Universidad de Concepción ha podido realizar el anhelo de dar a la publicidad por lo menos una revista. Hasta este momento, han debido concretarse sus esfuerzos a la enorme tarea de atender al mantenimiento de sus escuelas.

Pueda ser que, andando el tiempo, al lado de esta revista de carácter general, nos sea permitido ofrecer otras consagradas a dominios particulares de la ciencia, como es propio de toda verdadera Universidad.

Esta revista, como la Universidad que la sostiene, tratará de servir los intereses de la cultura en todas sus dimensiones. Desde los fundamentales de la industria y de la producción material, hasta los superiores del espíritu y de los valores morales. Desde los de la región, hasta los de la patria toda. Será en este sentido nacionalista; pero nó de un nacionalismo estrecho, sino entendido: «1.º, como amor al suelo del país y a sus pobladores, considerados en cuanto núcleos de fuerzas en potencia, capaces de inmenso desarrollo, y 2.º, como amor a la nación en cuanto unidad de vigor dentro de la solidaridad de la raza y de la humanidad.»

La cultura no es algo que se pueda comprimir en los aledaños de la patria. Toma, es cierto, en cada época y lugar, caracteres inherentes a la nacionalidad o a la porción de pueblos que le han dado nueva vida; pero, por su naturaleza esencialmente espiritual, es humana.

Entendemos, pues, encender una nueva luz espiritual de valor humano; luz modesta, si se quiere, pero bien inspirada.

Hemos dado a nuestra revista el nombre de la diosa de la inteligencia, severa y sonriente a la vez. El nombre de Atenea evoca los encantos de la sonrisa ática curada de frivolidades. Al tratar de hacerla florecer pálidamente en este apartado valle

del Nuevo Mundo, no resurgirá, tampoco, como una sonrisa escéptica, mal que acecha continuamente a la inteligencia pura, sino como una sonrisa llena de esa fe que, por un imperativo de la vida, brota cual surtidor inagotable en el alma de los pueblos jóvenes.

«Sin verdad y esfuerzo no hay progreso» es el lema de nuestra Universidad, y no puede ser otro el de su revista. Lejos, pues, de nosotros la actitud displicente, propia de espíritus caducos y marchitos, de los que hablan del progreso como de añejeces de la pasada centuria; lejos de nosotros el diletantismo elegante de J. Ortega y Gasset, que proscribire el esfuerzo y proclama que toda actividad debe ser un mero deporte y el arte un juego; y las palabras de Anatole France, cuando dice, burla burlando, que la humanidad necesita más de la mentira que de la verdad, las tomamos cual dolorido homenaje a la verdad misma.

Se nos dirá, conforme a esa postura elegante y displicente, que nuestros esfuerzos y nuestra lucha por la verdad quedarán en definitiva reducidos a la nada. Cabe que así sea, miradas las cosas en el plano del trascendentalismo metafísico; pero, no tenemos tiempo que perder en estas reflexiones. Mientras tanto, sentimos el llamado imperioso de una clara finalidad de progreso que debemos realizar.

Con los ojos abiertos hacia el porvenir, no dejamos, sin embargo, de mirar el presente, ni desconocemos los valores del pasado. El trigo bíblico, la miel griega y latina y el viejo vino francés o hispánico contienen, sin duda, vigoroso alimento para la naturaleza humana; pero, librenos nuestro decidido propósito de no servir platos fiambres y recalentados, de presentar como necesario y verdadero lo que sólo es necesario y verdadero para que ciertas gentes no vean alterada su tranquilidad.

La inteligencia forma un haz de potencias renovadoras y creadoras en el mundo espiritual. Hay que ofrecerle las oportunidades y rodearla de la independencia de los medios y del amoroso cuidado necesarios para que cumpla con su divina finalidad de creación. Conforme al subtítulo de nuestra revista, que dice que es «de ciencias, letras y bellas artes», cabrá en sus páginas todo tópico de interés humano, sin más restricciones que las señaladas por el método y la técnica inherentes a estos órdenes de actividades.

Queda indicada la índole de nuestra revista. Es, además, amplia y tolerante y, fuera de servir de exponente de la vida universitaria, ella aceptará colaboraciones que representen otras tendencias, bajo la responsabilidad firmada de sus autores, y siempre que por su valor científico o literario, merezcan ser publicadas.

Ofrecemos, pues, esta nueva compañera de la inteligencia y solicitamos, a la vez, ayuda para ella:

- a los hombres de ciencia,
- a los hombres de letras,
- a los estudiosos,
- a las almas jóvenes en general,
- a las universidades del mundo,

a las universidades ibero-americanas en especial. Corresponde a éstas una misión única en la obra de elevar nuestra cultura, de valorizar nuestra bella lengua concisa y de orientar la educación hacia la comprensión mística, la solidaridad y paz

de los pueblos latino-americanos. Corresponde a ellas aventar los sofismas de los que sostienen que la guerra sea una función necesaria e inevitable en la vida de los pueblos.

No excluimos a las universidades norte-americanas porque sabemos que en su docto profesorado predominan nobles y sinceros ideales panamericanistas (que nosotros deseáramos ver limpios de todo monroismo). No las excluimos, confiando en que en ellas se siente más el aliento de las sombras de Wáshington, de Franklin, de Lincoln y de Wilson, que la de Roosevelt, de fuerte mandíbula de animal de presa, y de sus secuaces, inexorablemente condenados en toda la América Latina.



Unamuno y el Sentimiento de la Inmortalidad

Como la mejor prueba de adhesión y de elevado respeto a don Miguel de Unamuno, en los días de su destierro, ATENEA inserta en su primer número este estudio sobre la obra más intensa del más grande de los pensadores españoles contemporáneos.—N. de la D.



N la obra compleja de pensador, poeta y novelista de don Miguel de Unamuno, se advierte la presencia perenne de un motivo que parece constituir la razón de ser de su actividad intelectual y afectiva, el sentimiento de la inmortalidad. Y también de su otra actividad, de la que desarrolla como maestro y ciudadano, sobre todo de esta última, tan llena de viriles arrogancias y de gestos rebeldes que no es necesario recordar porque vivos están—de tal manera son recientes—en la memoria de todos. En «EL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA», Unamuno analiza este sentimiento en sí mismo y en los demás, y funda sobre él una filosofía, una religión y una moral. Me propongo dar a conocer lo que el profesor salmantino llama sentimiento trágico de la vida, y la filosofía humana—no científica—encaminada hacia la acción y el ideal que sobre este sentimiento ha concebido, filosofía más inclinada al lado de la poesía y del misticismo que al de la ciencia positiva, y la religión y la moral que de esta filosofía se infieren. Es una filosofía antiintelectualista, pragmática, vitalista, para emplear los términos técnicos con que se designa esta tendencia.

Visionario de la superación humana, busca un nuevo fundamento—fundamento inestable—a una filosofía que mira al ideal y al ensueño más que a la verdad puramente intelectual.

* * *

En todas las civilizaciones la aparición de la ciencia y de la filosofía, es decir, de una explicación racional de las cosas, ha traído como consecuencia un

conflicto entre esta explicación y la que la religión, casi siempre de origen mucho más antiguo, contenía explícita o implícitamente. Los primeros pensadores racionalistas discuten los principios religiosos y dejan ver su carácter antirracional. La religión, nacida del instinto vital, obra de la inspiración o de la revelación, no cabe dentro de los rígidos moldes del razonamiento, desconocidos en la época de su génesis o desconocidos por sus fundadores. Así vemos caer bajo la crítica de Jenófanes y de los sofistas el politeísmo griego. El cristianismo se formó, fuera de todo intelectualismo, de amor al ideal, de ansia de felicidad eterna, de principios morales. Apenas nacido se encontró con la cultura greco-latina, cultura intelectualista y escéptica, propia de individuos refinados, de dialécticos sutiles sin fe en el ideal, y tuvo que adaptarse a las fórmulas de la filosofía griega para poder prosperar en pueblos que necesitaban, además del sentimiento místico, una explicación racional de las cosas. Desde entonces el sentimiento cristiano arrastra, como cosa postiza, una teología racionalista.

La filosofía de la Edad Media fué una serie de ensayos para establecer la unidad y armonía entre la ciencia y la fe, y como sobre el espíritu científico de amor desinteresado a la verdad predominaba el sentimiento religioso, los filósofos hicieron prodigios dialécticos para alcanzar la fórmula del acuerdo entre la revelación divina y la especulación intelectual.

Durante el Renacimiento y en la Edad Moderna la ciencia y la filosofía se independizan de toda finalidad preconcebida, buscan la verdad por la verdad; la primera a base de experiencia elaborada por el razonamiento, la segunda a base de razón pura. Crean así un cuerpo de doctrinas que se contradicen con ciertos principios religiosos.

Surge entonces en los espíritus cultivados, en el alma de los que se dedican a la ciencia y a la filosofía, un conflicto doloroso entre las conclusiones a que habían llegado por la vía puramente intelectual, impulsados sólo por el amor a la verdad, y los principios tradicionales de la religión, amoldados artificialmente a normas lógicas, porque tienen un origen que queda fuera de lo intelectual, un origen vital, afectivo, el ansia de plena realización de nuestro yo en una vida ultraterrena.

La consecuencia de este conflicto son las transacciones que los pensadores han venido haciendo para no tener que renunciar a la razón al adherir al sentimiento, ni tener que renunciar al sentimiento al adherir a la razón. Las conclusiones de la razón son a menudo contrarias a lo que quiere el sentimiento. Honda tragedia encierran las palabras de Remy de Gourmont que Félix Le Dantec puso de epígrafe a su libro 'El Ateísmo': 'Lo terrible que hay cuando se busca la verdad es que se la encuentra'. Se encuentra la verdad que contradice nuestra creencia y mata en nosotros el sentimiento y el ensueño.

En la incapacidad de aceptar los principios de ninguna religión, los pensadores de la Edad Moderna sacaron del Cristianismo lo que les pareció la esencia de las aspiraciones religiosas, y fundaron lo que se llamó la religión natural: la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Consideraron estas dos creencias como inherentes a la naturaleza humana. Podía dejarse a un lado toda la

teología, podía prescindirse de los Evangelios, a cuya influencia durante siglos en el alma de los europeos se debía que estas creencias llegaran a parecer naturales, pero lo esencial se conservaba: la creencia en la inmortalidad y en la existencia de Dios que la garantiza, las únicas creencias capaces de satisfacer el ansia de inmortalidad. A pesar de su abstracción, de su carácter fríamente racional, esta fórmula de la religión natural obedece al sentimiento de la inmortalidad, que constituye la esencia de la religión tal como la concibe un pueblo de cultura superior.

Pero la creencia en la inmortalidad personal, algo que parecía muy de acuerdo con la razón aunque filósofos aislados la hubiesen negado, fué haciéndose cada vez más difícil de sostener dentro de un criterio puramente científico, y algunos espíritus llegaron a la conclusión de que no había base para sostenerla dentro del campo de lo puramente intelectual. La religión se venía entonces al suelo; había que vivir la vida y resignarse a dormir por toda una eternidad, digo mal, dormir no, porque el que duerme sueña y soñar es existir, era necesario resignarse al eterno no ser, al aniquilamiento total del yo, de este yo nuestro que sentimos como una realidad inmediata mientras vivimos. Los que así pensaban eran hombres de un profundo espíritu religioso, hombres para los cuales era terrible, como dice Gourmont, haber llegado a tales conclusiones. Inventaron entonces remedos de religiones para satisfacer la inquietud sentimental de las almas que sentían el vacío de la pérdida de la fe en la inmortalidad. Entre estos ensayos que yo llamaría de desviación del sentimiento religioso—ya que éste una vez concebida la inmortalidad personal tiende necesariamente hacia ella como hacia la suprema aspiración humana—pueden citarse los de Comte, Spencer y Haeckel.

Sabido es que para Comte no hay sino una forma del conocimiento que quede fuera de la ilusión y del ensueño: el conocimiento positivo, es decir, el conocimiento fundado en la experiencia y elaborado por la razón. La metafísica y la teología son especulaciones absurdas, carecen de fundamento. La filosofía debe limitarse a unificar los conocimientos elaborados por las ciencias. Pero la sociedad humana, a cuyo progreso debemos el que hayamos llegado a elaborar la ciencia, ha sido organizada sobre la base de la religión; sólo el sentimiento es capaz de engendrar. Para regenerar la sociedad y darle una nueva vida hay que regenerar la religión, eliminando los elementos caducos de las religiones tradicionales y conservando el elemento positivo que encierran. Así se pasa de la filosofía positiva a la religión positiva. La necesidad que siente el hombre de creerse inmortal y de creer en un Dios que es garantía de esta inmortalidad y de la participación de los justos en el reino de Dios, no puede satisfacerse dentro del criterio positivo con estas creencias, ambas de carácter metafísico y por consiguiente ilusorias, sino con algo que está mucho más cerca de nosotros, en nosotros mismos: la humanidad.

El amor sexual engendra el amor a la familia; el amor a la familia engendra el amor a la patria; y el amor a la patria, el amor a la humanidad. La humanidad en cuanto es objeto de la forma suprema de nuestro amor, se con-

vierte para nosotros en el Gran Ser, en Dios que vive en nosotros, dirige nuestros actos y nos hace pasar del egoísmo al altruismo.

Más filosófica y menos concreta es la solución de Herbert Spencer. Hay en el fondo y en el origen de todas las cosas algo incognoscible. Lo incognoscible es lo absoluto. Lo absoluto, Dios, es inaccesible a nuestra inteligencia. Lo incognoscible de Spencer es una idea de residuo, una idea negativa.

Haeckel dice que hay que concluir con los dogmatismos metafísicos y teológicos, y fundar una filosofía científica sobre la base de dos grandes principios: el monismo y el evolucionismo. Sólo hay un ser, una substancia, que se presenta bajo formas diversas de grado o cantidad y está en constante cambio, sometido a leyes inmutables. El hombre es sólo un eslabón en la cadena de las cosas, un fenómeno de la substancia única. El dogma de la inmortalidad es absurdo; la religión es ilusoria. La única fuente de conocimiento es la experiencia y el razonamiento que unidos constituyen la razón. Para satisfacer las necesidades afectivas que llenaban las religiones tradicionales, crea el culto de una nueva Trinidad: lo verdadero, lo bueno y lo bello. La religión monista se opone radicalmente al cristianismo en su concepción de lo verdadero y de lo bello, pero coincide casi totalmente con él en su concepción del bien. Este punto de contacto entre la religión tradicional y la nueva fe, sirve de lazo de unión entre ambas y facilita el paso de una a otra.

Esta ha sido la doctrina que más influencia ha ejercido entre los hombres de ciencia en el curso del siglo pasado.

En estos sistemas predomina en absoluto la ciencia sobre el sentimiento religioso. Se trata de satisfacer este sentimiento con un remedo de religión hacia el cual se le desvía.

Otros pensadores en los cuales el sentimiento religioso es muy vivo, buscan una transacción que les permita colocar la religión en un dominio aparte, fuera del campo de lo puramente intelectual. A este grupo pertenece el propio Unamuno y son sus más notables precursores Ritschl y James.

Ritschl sostiene que la religión sólo puede realizarse plenamente si se la purifica de todo lo que no es religión, pero debe contener todo lo que necesita para desarrollarse y alcanzar su plenitud. Para conseguir esto hay que dejar a un lado la filosofía, la teología; hay que romper con el intelectualismo. La facultad de conocer sólo puede abarcar las leyes referentes al mundo físico. Lo religioso, lo puramente espiritual, queda fuera de su dominio. La religión se cree, no se conoce.

Hay que despojarla además de la autoridad propia del Catolicismo; para el cristiano no hay ni puede haber otro maestro que Jesucristo. El Evangelio es verdadero, no porque esté de acuerdo con ésta o aquella realidad, sino porque en el seno de nuestra conciencia lo juzgamos digno de ser verdadero. Así independiza Ritschl al mismo tiempo la religión de la vieja teología y de los avances de la ciencia positiva. Y como la contradicción atormentadora de los espíritus era más que todo una contradicción entre la teología y la ciencia,

abandonada la teología por inútil y separados radicalmente los dos campos, el de la ciencia y el de la religión, ambas pueden prosperar libremente y alcanzar su plenitud.

En Dios encuentra la conciencia religiosa la explicación de las impresiones religiosas que el orden natural no explica. Así asegura Ritschl en el seno del alma el desarrollo de la vida religiosa que queda fuera del alcance de toda ciencia.

Herrmann, discípulo de Ritschl, distingue el fundamento y el contenido de la fe. El fundamento es aquella parte de la revelación que se necesita exponer para que ésta sea experimentada por toda alma sensible y sincera. El contenido especial de la fe representa una experiencia más determinada que varía de individuo a individuo. La consideración de la vida interior de Jesús hace creer naturalmente en Jesús; éste es el fundamento de la fe. Todos los demás detalles en que cree el individuo son el contenido de la fe. El fundamento constituye la esencia de la fe; el contenido, lo accidental.

Ritschl independiza totalmente la religión de lo intelectual. El hombre siente directamente la acción de Dios, el cual queda fuera del campo del conocimiento. Es sólo un objeto al cual se aspira, y puede ser una ilusión subjetiva.

Los pragmatistas afirman que la ciencia, además de ser un producto de la actividad del espíritu que crea símbolos para explicarse las cosas, está orientada hacia la acción, tiene en la acción su único objeto.

De esta concepción de la ciencia surge un nuevo concepto de la verdad: no es el acuerdo entre ciertos juicios formulados y tal o cual realidad que se da de antemano, sino el servicio que puede prestarnos para alcanzar tal o cual resultado. Verdad quiere decir verificabilidad, y verificabilidad significa aptitud para guiarnos en la experiencia. El porvenir no está predeterminado; lo verdadero es lo que está pronto a ser. El porvenir es creado por sus causas, entre las cuales se encuentra la ciencia libre y humana que impone a la naturaleza efectos que ella sola no habría alcanzado jamás. La creencia es un factor de esta realización. La fe puede crear su propia verificación experimental y llegar a ser verdad por su acción misma. El ser, objeto de la ciencia, no es una cosa hecha para toda la eternidad; se hace constantemente por la acción de los seres y en particular por la acción humana apoyada en la ciencia y en la creencia. Creencia verdadera es la verificable, la bienhechora, la eficaz.

La ciencia no es obra de la naturaleza; es el producto de la actividad intelectual del hombre. Introducimos por medio de ella unidad, continuidad y simplicidad en el mundo y lo hacemos así inteligible. Los fines que la ciencia persigue son leyes que el espíritu impone a las cosas.

El hombre es, antes que inteligencia, acción. La acción persigue un fin. La acción revela al hombre que hay en el mundo una voluntad inicial.

La actividad humana tiene dos formas esenciales: la inteligencia y la voluntad. La ciencia es la realización de la primera y la religión de la segunda. La ciencia da al hombre medios de acción exteriores. El hombre se pregunta también sobre su principio y sobre su fin. La religión es una sabiduría superior que

señala al hombre un fin digno y la potencia necesaria para querer eficazmente ese fin.

La ciencia y la religión son dos momentos diversos de nuestra actividad. La ciencia significa expansión de nuestro yo al exterior; la religión significa esa misma actividad vuelta hacia adentro, donde está el principio de toda vida. Entre una y otra no hay contradicción posible.

Para William James, como para los místicos, la experiencia religiosa está constituida por objetos perceptibles inmediatamente, en forma análoga a los datos del mundo físico que sirven de material al investigador experimental.

La verdad de la religión es afirmada en seguida pragmáticamente, por sus resultados. La religión es algo subjetivo individual, algo que cada cual afirma por su propia experiencia interna. Lo esencial es Dios. James establece la posibilidad de la inmortalidad del alma, pero no la considera esencial. Considera que, concluida la labor de cada cual, labor divina porque a la realización de Dios se encamina, bien puede el hombre resignarse a dejar de ser.

En estos sistemas se encuentran los antecedentes lógicos de las doctrinas del pensador español. Los antecedentes psicológicos se encuentran expuestos en la obra de Unamuno, el cual considera que el estudio de una doctrina debe hacerse así, por el estudio del hombre y no por las doctrinas de los pensadores anteriores. Sin embargo no puede negarse el nexo que hay entre dos concepciones sucesivas del mundo y de la vida. El antecedente histórico, lógico, se une al psicológico para determinar la aparición de una doctrina metafísica o religiosa. Si no es aceptable eliminar los antecedentes causales al explicar la aparición de una hipótesis para limitarse a dar a conocer su razón lógica, es evidente que el antecedente lógico o razón, que forma parte de los antecedentes causales, no puede ni debe ser eliminado, si se quiere dar a conocer la causa total de la aparición de la doctrina. Esto hay que criticar pero sólo teóricamente a Unamuno, porque él, prácticamente y en razón de que una de sus tesis así lo exige, da a conocer los antecedentes de su posición en actitudes análogas de filósofos y poetas. No cabe duda sin embargo de que el elemento causal preponderante en la actitud filosófica es el complejo psicológico que se designa temperamento. Unamuno da a conocer con sinceridad y emoción el proceso de la formación de su doctrina metafísica, religiosa y moral sobre la base de un sentimiento. Desde el punto de vista psicológico su obra es un documento precioso para estudiar el «caso Unamuno», la trágica lucha entre el racionalismo moderno y el misticismo católico hereditario en el seno de una conciencia de vida afectiva muy rica y sutil para el razonamiento, algo análogo al caso Chesterton que puede estudiarse en Ortodoxia, a pesar de la disparidad de las conclusiones.

He aquí la doctrina expuesta en forma genética o psicológica, siguiendo el método del autor, en oposición a la forma lógica o sistemática que es la generalmente seguida.

* * *

Hay que cambiar el método de estudiar a los filósofos. No se trata ya de derivar sistemas de sistemas, como se hace en los tratados de filosofía, sino de estudiar cada sistema con relación a psicología de su fundador; porque la filosofía es la manera que tiene cada cual de comprender el mundo y la vida, y esa manera tiene como raigambre el sentimiento que de la vida tengamos. Así, la filosofía de Kant se aclara si se considera que la reconstrucción metafísica hecha por este filósofo en la *Crítica de la Razón Práctica*, obedece a una necesidad afectiva, la de sentirse inmortal. La *Crítica de la Razón Práctica* es la justificación de la aspiración suprema de inmortalidad del luterano Manuel Kant.

Benito Spinoza, el racionalista implacable de que hablan los tratados de filosofía, se humaniza mirado desde este punto de vista unamuniano. Y así otros.

Hay que analizar el sentimiento, no el concepto, de la propia personalidad, del yo concreto y personal, de ese algo que no queremos dejar de ser aunque estemos muy descontentos de nosotros mismos. Nadie que sienta realmente su propio yo, su propia personalidad, quiere ser otro yo. Su yo es para cada cual su universo, lo único que en primer término le interesa. Si eliminamos nuestro yo, no podemos concebir nada ni tenemos para que concebir nada. La noción del yo es la noción primaria sin la cual—causa primera de todas las demás—se hacen estas ociosas o son inconcebibles.

Esta noción del yo que quiere superar a la muerte se nos impone por sí misma, es en el fondo más sentimiento que idea—este carácter afectivo es lo que le da su fuerza—y contra los valores afectivos nada puede la razón. Para que una filosofía sea algo más que una nomenclatura técnica, debe aspirar a conciliar las necesidades intelectuales con las afectivas y volitivas. Este es el problema trágico que a todo filósofo se presenta, el que no pudo resolver Spinoza esclavizado por su intelectualismo, el que resolvió Kant contradiciendo en su filosofía práctica lo que había sostenido en la teórica.

Unamuno rechaza las desviaciones del sentimiento de la inmortalidad, aquellas de que hablamos anteriormente, fundándose en el carácter único de la noción del yo que no admite substitutos. Aquí se separa francamente de James que da a la inmortalidad un valor secundario. Para Unamuno es lo fundamental y en ella está la raíz de toda filosofía y de toda religión.

Este deseo de perdurar, esta ansia de no morirnos que nos hace creer en la supervivencia del espíritu, es lo que Unamuno llama sentimiento trágico de la vida. Este sentimiento implica una filosofía más o menos formulada, una concepción del mundo y de la vida, y tiene manifestaciones en la psicología de las colectividades.

* * *

Hay una necesidad de conocer para procurarse alimento y precaverse de lo que es perjudicial a la vida que nos es común con los animales, y hay un deseo

de conocer propio sólo del hombre, un conocimiento reflexivo, consciente, producto posterior del desarrollo social y del lenguaje.

El instinto de la conservación individual nos revela la existencia del mundo exterior. Debe haber un mundo ideal, hijo del amor, del instinto de perpetuarse, fundamento de las sociedades humanas. Y tanto se puede decir que es creación nuestra, obra de nuestra fantasía este último, que el otro mero producto de nuestros sentidos. Esta facultad íntima, imaginativa, nos revela la existencia de Dios.

Cada filosofía es un producto humano; el filósofo quiere filosofar sólo con la razón, pero filosofa también con la voluntad y el sentimiento. Tenemos siempre en vista un fin práctico: buscar finalidad a la vida, resignarse a vivirla, etc.

Lo más hondamente humano es la finalidad, el para qué. Si buscamos con ahinco el por qué es para mejor comprender el para qué. Lo que Spinoza llamaba la esencia de la cosa, el conato que pone en perseverar en su ser indefinidamente, el ansia humana de inmortalidad, puede ser la condición primera de todo conocimiento reflexivo y puede por lo tanto ser la verdadera base de toda filosofía, descuidada por los filósofos a quienes el intelectualismo perturba.

Conocemos para eternizarnos, conocemos porque está vivo en nosotros el deseo de alcanzar la eternidad. Este problema afectivo es probablemente irresoluble y la renuncia desesperada de resorverlo puede constituir la solución. El sentimiento trágico de la vida es el punto de partida de toda filosofía humana —no técnica—y de toda religión.

* * *

Hay que analizar esta ansia de inmortalidad. No podemos concebirnos inexistentes. Se nos hace estrecho el mundo sensible revelado por el instinto de conservación y queremos alcanzar lo ilimitado del espacio y la eternidad del tiempo.

El fluir de la vida ha arrancado gritos de las entrañas a los poetas que han sentido más hondamente que los demás hombres esta hambre de eternidad. El pensamiento de la muerte y del misterio del más allá son el «latir mismo de la conciencia». El culto de la muerte es el origen de todas las religiones; el hombre es el único animal que conserva sus muertos. Construyó primero monumentos funerarios capaces de resistir a las edades que residencias duraderas para los vivos. La meditación sobre la muerte, congojosa al principio, se hace después reconfortante. Si no hay supervivencia después de la muerte el mundo es una sucesión de fantasmas; la nada es más terrible que el infierno católico. El hambre de eternidad nos amarga la vida. Este es el problema trágico, el único verdadero problema de la vida humana.

La razón prueba que el alma no es inmortal; la razón es incapaz de volver la calma al corazón. A ella opone Unamuno la afirmación de su deseo: «No quiero morirme, no, no quiero ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí.» (1)

A falta de fundamento racional hay que fundar la creencia en la inmortalidad.

(1) El sentimiento trágico de la vida, pág. 48.

dad sobre el deseo de inmortalidad. «Trágico hado, sin duda, el de tener que cimentar en la movediza y deleznable piedra del deseo de inmortalidad la afirmación de ésta; pero torpeza grande condenar el anhelo por creer probado, sin probarlo, que no sea conseqüidero. ¿Qué sueño...? Dejadme soñar, si ese sueño es mi vida no me despertéis de él. Creo en el inmortal origen de este anhelo de inmortalidad, que es la substancia misma de mi alma» (2). Este arrebató lírico muestra claramente el estado de alma del filósofo—¿filósofo o poeta?— que siente la tragedia entre el deseo que afirma y la razón que niega.

Los hombres, cuando dudan de la inmortalidad, quieren alcanzar siquiera una forma aparental de ella, la supervivencia en la memoria de las sociedades humanas. Otros logran saciar la sed de inmortalidad con la fe religiosa católica, —el fin primordial del Catolicismo es conservar la fe en la inmortalidad—pero esta religión ha racionalizado la fe y, al racionalizar lo que es contrarracional por naturaleza, se ha puesto en conflicto con la propia razón. La solución cristiana y sobre todo la católica satisface a la voluntad, a la vida, pero no satisface—debido al racionalismo contrarracional de su teología—a la razón, la cual a su vez tiene exigencias imperiosas. El hombre que ha alcanzado su plenitud racional, por vivo que sea en él el sentimiento religioso, no puede aceptar que se le presente como racional lo que no lo es.

Si para satisfacer plenamente las necesidades racionales se busca la solución en la filosofía tampoco se la encuentra. No se puede probar racionalmente la inmortalidad del alma. En cambio puede probarse su mortalidad con un grado muy alto de certeza. El monismo, aunque sea idealista, no salva la inmortalidad. Para nuestro anhelo vital da lo mismo decir que todo es materia o que todo es idea. La inmortalidad sólo se salva con la doctrina de la dualidad substancial: materia y espíritu. La razón, monista por naturaleza,—tendemos fatalmente a la unidad—no necesita para nada de la hipótesis de la substancialidad del alma. Esta hipótesis, racional en apariencia, es una creencia fundada en nuestro anhelo vital de perdurar eternamente.

Unamuno buscó la prueba de la inmortalidad en las investigaciones psíquicas de los espiritistas. No encontró la justificación de su anhelo. Tampoco la encontró en el panteísmo ni en el agnosticismo de Spencer. La razón es la enemiga de la vida, se pone en contra de nuestro anhelo. La vida es inestable, individual, fluye; la razón, a quien la vida se le escapa, busca la muerte, «quiere cuajar en témpanos la corriente fugitiva». La razón es incapaz de comprender la vida y el anhelo vital que es su carácter esencial. Es un combate trágico el que se desarrolla en nosotros entre la razón y la vida. El autor acude a expresiones lógicas porque es el único medio de hacerse entender, pero no emplea el método racional.

Los creyentes tratan de engañarse con los argumentos gastados de la teología para seguir viviendo, y los racionalistas incrédulos tratan de buscarle a la

(2) El sentimiento trágico de la vida, pág. 51.

vida otra finalidad. Estas soluciones le parecen vacías e hipócritas. Es mejor confesar que la razón es una potencia desconsoladora y disolvente.

* * *

No es posible desentenderse del enorme misterio del Universo y de nuestros destinos. Este problema que una vez formulado no se borra más del espíritu, es el problema vital por excelencia, y no podemos honradamente desentendernos de él.

El sentimiento no logra hacer verdad del consuelo religioso contenido en el Catolicismo; la razón por su parte, dada la vaciedad de las doctrinas religiosas de un Haeckel o de un Spencer, no puede hacer de la verdad consuelo. La razón conduce, en último término, al escepticismo y en el fondo del abismo a que nos lleva encuéntrase con la desesperación sentimental y es de este encuentro de donde surge una base de solución del conflicto. Allí se dan ambos un abrazo trágico del cual brota un manantial de vida seria y terrible.

La desesperación del sentimiento vital funda su esperanza sobre la incertidumbre acerca de su propia validez que es la posición última a que llega la razón cuando se analiza a sí misma.

Cuando cree llegada la hora de las afirmaciones, advierte al lector que podía encontrarse seducido por su ardor lírico, por el sentimiento religioso y por la sinceridad de sus confesiones, con crudeza, que no se engaña ni pretende engañar; sus especulaciones carecen de valor intelectual. ¡Terrible sinceridad que no le permite engañarse cuando sería más reconfortante sentirse cogido entre las redes de la ilusión!

Se coloca definitivamente fuera de la razón. Va a hablar en nombre de la vida y va a coincidir con otros hombres que han revelado también su vida interior.

Esta posición puede ser fuente de esperanza, de acción, de progreso. Con esto queda justificada pragmáticamente. No quiere justificación alguna; su posición es un hecho y eso basta. Se resigna a que sus doctrinas sean consideradas como un documento psicológico en que se podría estudiar la crisis de un alma donde luchan el racionalismo científico y el sentimiento místico, ambos desarrollados plenamente y radicalmente incompatibles.

Las doctrinas que expone en seguida han sido engendradas por su anhelo vital. La verdad de los lógicos, la que no tiene ningún fundamento afectivo, se escapa igualmente a los que creen poder alcanzarla y a los que no lo creen.

* * *

Del amor entre hombre y mujer para perpetuar el linaje humano, nace el amor espiritual y doloroso. El primero es engendrado por el placer y el segundo por el dolor. El amor espiritual es compasión, compasión de sí mismo y de todo lo que, como nosotros, es y dejará de ser. Así se llega al tedio de la existen-

cia. El amor personaliza todo lo que ama; cuando ama el todo, personaliza el todo y surge la idea de Dios en el espíritu. Personalizamos el todo para salvarnos de la nada, y lo hacemos infinito, eterno, perfecto, como nosotros anhelamos ser. En el flujo y reflujo de la historia del pensamiento humano, el concepto de Dios nace y vuelve a nacer, porque la vida, vencida momentáneamente por la razón, vuelve a engendrarlo.

Hay una fuerza oculta, íntima, esencial, que mueve a los organismos a conservarse o, a ser, a perpetuarse. Podemos llamar a ese impulso voluntad. Es un impulso a serlo todo sin dejar de ser lo que somos. Esta fuerza es lo divino que hay en nosotros, es Dios mismo que obra en nosotros porque en nosotros sufre. Todos los seres se sienten agitados por una fuerza que los mueve hacia la conciencia.

La creencia en un Dios espiritual y personal se funda en la creencia en nuestra propia personalidad y espiritualidad. El fundamento de la creencia está en el amor, en nuestro anhelo vital que así se satisface. Sólo así se da finalidad al Universo y al hombre. Nuestro anhelo crea a Dios constantemente en nosotros. Así salvamos al Universo de la nada y nos salvamos nosotros mismos, porque sólo lo que es conciencia existe; lo demás es apariencia. Podemos pensar la existencia sin Dios; no podemos vivirla. Podemos averiguar el cómo y el por qué de la existencia sin Dios; no podemos sin él sentir para qué es.

* * *

El sentimiento religioso es sobre todo sentimiento de la divinidad. El sentimiento de la divinidad nace del sentimiento de nuestra personalidad proyectado afuera. Y este sentimiento da origen al concepto. Primero existió el Dios religioso, humano, producto de la conciencia colectiva de un pueblo. Después se apoderó de él la filosofía y creó el concepto lógico, definido, el ser supremo, primer motor de la filosofía teológica, un ente racional sin vida. Este Dios lógico, racional, en que el concepto de necesidad substituye al de divinidad, en que desaparece la voluntad de Dios, el elemento primario de su personalidad, no es el Dios capaz de satisfacer nuestro anhelo vital, de salvarnos de la muerte. El Dios inmortalizador tiene que ser un Dios arbitrario ante la razón, porque la razón no es el camino que a él conduce, sino el amor y el sufrimiento. Quien le ame, quien tenga verdadera hambre de él, lo sentirá, y al sentirlo tendrá conciencia de él por experiencia directa. Este sentimiento directo de Dios y el sentimiento trágico de la vida son ambos sentimientos de hambre de Dios, de carencia de Dios. Y en esta hambre está la gran tragedia de la vida. El escepticismo racional y la desesperación sentimental le encendieron el hambre de Dios. Al sentir su falta se dió cuenta de su realidad.

El Dios de la razón es una razón suprema, en el mismo sentido en que la ley de la gravitación universal es razón de la caída de los cuerpos. Es impersonal, incapaz de amar y de ser amado. El vitalismo lo concibe como conciencia, como persona capaz de amar y ser amada. El Dios del racionalismo se

destruye a sí mismo en cuanto Dios. El Dios humano satisface nuestra ansia de inmortalidad. La razón debe aplicarse sólo al mundo exterior; si sube más arriba es nihilista, aniquiladora. En esas regiones hay que dejar libre a la imaginación capaz de darnos vida ilimitada, intuición del mundo espiritual. El Dios humano no es un concepto lógico y no es susceptible de ser definido; se le siente, no se le conoce. La existencia de este Dios no se puede probar racionalmente. La angustia vital nos lleva a creer en él. Se llega a Dios por el camino de la fe y no por el de la convicción racional.

La fe se presenta como conocimiento, como juicio, pero es en el fondo afectiva. La fe verdadera es fe a base de incertidumbre. La fe nos hace vivir mostrándonos que la vida, aunque dependa de la razón, tiene en otra parte su manantial, en algo sobrenatural y maravilloso. La fe es la voluntad misma de no morir. La fe, en cierto sentido crea su objeto. Creamos a Dios por la fe, y como Dios nos da la fe que en él tenemos, es Dios quien se crea de continuo en nosotros. Sin amor o temor no hay verdadera creencia en Dios; lo demás es creer en la idea de Dios, algo impersonal. Para un intelectual, en el estado actual del conocimiento, creer en Dios no puede ser más que querer que Dios exista y conducirse y sentir como si existiera. «Dios sale al encuentro de quien le busca con amor y por amor, y se hurta de quien le busca por fría razón no amorosa» (1).

Y en seguida agrega: «Y si se me preguntara cómo creo en Dios, es decir, cómo Dios se crea en mí mismo y se me revela, tendré acaso que hacer sonreír, reír o escandalizarse tal vez al que se lo diga.

Creo en Dios como creo en mis amigos, por sentir el aliento de su cariño y su mano invisible e intangible que me trae y me lleva y me estruja, por tener íntima conciencia de una providencia particular y de una mente universal que me traza mi propio destino, Y el concepto de la ley—¡concepto al cabo!—nada me dice ni me enseña.

Una y otra vez durante mi vida heme visto en trance de suspensión sobre el abismo; una y otra vez heme encontrado sobre encrucijadas en que se me abría un haz de senderos, tomando uno de los cuales renunciaba a los demás, pues que los caminos de la vida son irrevertibles, y una y otra vez en tales únicos momentos he sentido el empuje de una fuerza consciente, soberana y amorosa. Y ábresele a uno luego la senda del Señor.

Puede uno sentir que el Universo le llama y le guía como una persona a otra, oír en su interior su voz sin palabras que le dice: ¡Ve y predica a los pueblos todos! ¿Cómo sabéis que un hombre que se os está delante tiene una conciencia como vosotros, y que también la tiene, más o menos obscura, un animal y no una piedra? Por la manera como el hombre, a modo de hombre, a vuestra semejanza se conduce con vosotros, y la manera como la piedra no se conduce para con vosotros, sino que sufre vuestra conducta. Pues así es como

(1) El sentimiento frágico, pág. 195.

creo que el Universo tiene una cierta conciencia como yo, por la manera como se conduce conmigo humanamente, y siento que una personalidad me envuelve» (1).

El Dios vivo se nos revela por el sufrimiento. Los hombres hicieron Dios a Jesucristo y descubrieron por él la eterna esencia de un Dios vivo, humano. El primer motor, la idea filosófica de Dios, permanece inmutable, no sufre. El dolor es la substancia de la vida; los seres vivos formamos la gran hermandad del dolor.

La conciencia universal está limitada por la materia bruta en que vive. Trata de libertarse y de libertarnos y por eso sufre. Una formidable corriente de dolor impulsa a los hombres unos hacia otros y los hace buscarse, unirse. El individuo, movido por el instinto de conservación creador del mundo material, tendería a la destrucción si no fuese por la sociedad que, dándole el instinto de perpetuarse, creador del mundo espiritual, lo lleva a inmortalizarse.

Lo que el individuo hace como tal, frente a la sociedad es malo; es bueno lo que hace como persona social dentro de la sociedad para perpetuarse y perpetuarla. El que hace servir el ideal a sus intereses materiales o a su gloria en lugar de servir él al ideal, crucifica a Dios.

* * *

El sentimiento de Dios y la fe y la esperanza y la caridad que en él se fundan, dan origen a la religión que es la relación entre el alma y Dios.

No le parecen aceptables las doctrinas católicas sobre las penas de ultratumba; le parece más aceptable pensar que se salvan los que anhelan salvarse. Se eternizan los que vivieron sufriendo de hambre de eternidad. Y los que no, vuelven al seno de la inconciencia.

No quiere la gloria como una quieta contemplación de Dios sino como un eterno acercarse sin llegar nunca, una esperanza eterna renovada eternamente. Así la sueña, así la desea, y podría ser este deseo la revelación de una verdad inefable, ultrarracional. Cada vez que queremos dar forma racional al anhelo caemos en contradicciones; pero hay que seguir anhelando para vivir, no para comprender.

Ante esta contradicción entre el anhelo vital y la razón no cabe más que una actitud: afirmar los contrarios, vivir en contradicción, afirmar una cosa con la cabeza y otra con el corazón, y hacer de este estado de contradicción la esencia de nuestra vida.

Esta actitud es aparentemente insostenible. La apasionada incertidumbre a que da lugar da unidad y razón práctica de ser a la vida. Sobre ella se puede fundar una moral.

* * *

El que basa su moral en un dogma corre el peligro de que, vacilando el

(1) El sentimiento trágico, pág. 195.

dogma, vacile también la moral. El que no tiene dogma, sino incertidumbre, obra, no porque crea verdadero su principio de acción, sino porque aspira a hacerlo tal, a crearse su mundo espiritual. La conducta prueba la doctrina. El aspira a hacer de su vida una comprobación de su doctrina (1).

Nuestra verdad cordial y antirracional, la inmortalidad del alma, encuentra su prueba moral en la realización de este principio ético: «Obra de modo que merezcas a tu propio juicio y al juicio de los demás la inmortalidad, que te haga insustituible, que no merezcas morir». También puede formularse así: «Obra como si hubieras de morirte mañana, pero para sobrevivir y eternizarte».

Si la inmortalidad resulta una ilusión, que nuestro aniquilamiento sea una injusticia, como pensó Sénancour.

El sentimiento de hacernos insustituibles debe llevarnos a cumplir con apasionamiento trágico nuestro deber. Hay que tratar de sellar todas las cosas con el sello de nuestra personalidad.

Los viejos mandamientos de Moisés, los negativos, deben ser cambiados por otros de carácter positivo. Así, en lugar de ¡no mentirás! éste: ¡dirás siempre la verdad oportunamente o no! En lugar de ¡no matarás! ¡acrecentarás y darás vida! En lugar de ¡no hurtarás! ¡acrecentarás la riqueza pública!

Para concluir afirma que lo que él llama sentimiento trágico de la vida es, por lo menos, el sentimiento trágico de la vida del pueblo español reflejado en su alma que se engendró en España.

Hemos seguido, lector, casi paso a paso, el pensamiento ondulante, tortuoso, del pensador de Salamanca, traducido en un estilo que sigue el fluir espontáneo de la vida psíquica, adaptándose a la corriente vital del pensamiento, estilo que él prefiere siempre al ordenado, al lógico, en que el pensamiento corre por cauces hechos de antemano con rigorismo intelectual. Y esto es, además de su contenido, lo que hace de las disquisiciones del ilustre pensador una obra de interés emocional, humano, literario en el noble sentido de esta palabra. «El sentimiento trágico de la vida» puede ser interpretado como un poema, el de la tragedia interior de un alma atormentada por la sed de eternidad, e incapaz de adherir a la creencia en la inmortalidad con la sencillez del creyente, por la clara visión de las dificultades racionales que a esa creencia se oponen. En este sentido, lo dije antes, esta obra puede ser considerada como un documento precioso para estudiar la psicología de Unamuno, cuya alma se nos presenta tras-

(1) Aquí se encuentra la explicación de la actitud de Unamuno ante la Monarquía y el Gobierno. No se trata de saber si el Directorio ha tenido o no razón al desterrarlo, si gobiernos anteriores tuvieron o no razón para desfituirlo del rectorado de la Universidad de Salamanca. Unamuno siente religiosamente, como los profetas de Israel, que tiene una misión que cumplir, provocar la destrucción de la vieja España oligárquica para fundar una España nueva. Si no lo hubiesen desterrado habría seguido su campaña en forma implacable, luchando de potencia a potencia, no de subordinado a superior, con el Directorio. El problema debe plantearse así: fué inteligente o torpe para sus propios intereses la resolución del Directorio. No es un problema de legalidad sino de táctica política. La historia demuestra que siempre, a la larga, cuando han luchado el despotismo y los valores intelectuales, el triunfo ha correspondido a estos últimos aunque lo hayan alcanzado después de la muerte de sus portavoces.

lúcida a través de páginas desbordantes de emoción. Esa tragedia es más terrible que la que se desarrolla en el alma de los místicos en sus crisis diabólicas, cuando se sienten perseguidos por la presencia de Satanás y atormentados por la ausencia de Dios. Más terrible que Satanás es la fría razón, siempre lúcida, cuando muestra con dolorosa importunidad que la verdad cordial es sólo ilusión afectiva.

La opinión de Unamuno está de acuerdo con la de Lange, el ilustre historiador del materialismo, y de Renán, que consideran la metafísica como una especie de poesía superior, algo que queda totalmente fuera de lo intelectual, algo que no tiene valor como conocimiento; pero va un poco más allá que estos pensadores porque sostiene que hay en las creencias fundadas en el sentimiento, cierta forma especial de conocimiento que conduce a una convicción inestable, no sobre lo que es sino sobre lo que aspira a ser, con lo cual toca muy de cerca las doctrinas de William James. Sin embargo Unamuno se allana a reconocer que este conocimiento intelectualmente carece de valor y lo distingue radicalmente del conocimiento científico. Su posición no coincide por lo tanto con la del pragmatismo: está mucho más cerca del ritschlianismo. Para Unamuno la verdad tiene diversas formas: la verdad moral, la verdad intelectual, la verdad estética, la verdad religiosa.

Lo admirable en la actitud de Unamuno, porque bien mirado su libro no es más que la justificación de su actitud ante ciertos problemas que considera irresolubles, lo que lo diferencia de los demás pensadores anti-intelectualistas, es su dualismo radical. Respeta a la ciencia positiva y pide que se le deje libre en el orden metafísico y religioso para construir una metafísica, una religión y una moral sobre la base del sentimiento de la inmortalidad. En la importancia que da al sentimiento no ha sido superado por nadie, y si su obra tiene alguna influencia de Ritschl, James o Bergson, hay que notar que éstos se presentan siempre como pensadores. Abren en el muro de la razón una ventana para mirar al cielo, pero no abandonan su actitud de razonadores. Tratan siempre de llevarnos al convencimiento racional, aun de aquello que han observado a través de la ventana hecha en el muro de la razón, y aspiran a armonizar el conocimiento racional con el otro para alcanzar una síntesis armónica, un sistema.

Funda su convicción espiritualista sobre una base afectiva, porque no encuentra ninguna consistencia al espiritualismo intelectual. A la razón no le pide argumentos sino para probar que su posición no es absurda, y se allana a reconocer, y esto le interesa muy particularmente, que la posición contraria tiene mayor grado de posibilidad y es por consiguiente la más aceptable dentro del criterio científico. No le interesan los esfuerzos de un Bergson para establecer el máximo de probabilidades a favor de la hipótesis dualista que distingue la materia y la conciencia como substancias diferentes, única posición filosófica que, para Unamuno, es capaz de salvar la creencia en la inmortalidad personal. En el orden científico es francamente materialista, mientras los demás filósofos anti-intelectualistas aspiran a fundar una metafísica espiritualista en armonía con la ciencia.

Unamuno establece que en el fondo de toda tendencia espiritualista hay un sentimiento impulsor que no es el amor desinteresado a la verdad, el ansia de inmortalidad. Prefiere fundar su creencia, no su conocimiento, únicamente sobre este sentimiento, y en contradicción, ya no inconsciente como se puede notar en otros filósofos, sino consciente o intencionalmente, con la convicción intelectual a que lo había llevado la ciencia positiva. Así queda el mundo ideal de la creencia a cubierto de todo avance de la filosofía científica; el filósofo se ha colocado en la hipótesis extrema para afirmar desde allí con vigor afectivo y potencia volitiva, pero con creencia a base de incertidumbre, la fe en Dios y en la inmortalidad, la fe en un Dios que se crea de continuo en la mente por la fe que en él se tiene, y una moral que, puesta en acción, es creadora y garantía de nuestra inmortalidad.

La filosofía de Unamuno es una filosofía personalísima, fundada en el análisis psicológico de la crisis religiosa de una conciencia católica que ha asimilado la ciencia positiva y sacado las últimas consecuencias del criterio científico.

Aunque parezca paradójal, Unamuno, el metafísico menos científico,—nadie ha desterrado como él el intelectualismo—, es el que está más cerca del positivismo, porque ninguno ha aceptado y reconocido con mayor respeto que él las conclusiones de la ciencia positiva y de sus hipótesis más extremas en el sentido opuesto a su metafísica. Puede objetarse que esta posición la consigue sólo Unamuno a costa de contradicción palmaria y confesada, pero ¿qué metafísico no cayó en contradicción? Con razonamientos abogadiles todos han tratado de disimular el ensamblamiento imperfecto de los diversos cuerpos de sus construcciones metafísicas. Son razonamientos consoladores y engañadores para discípulos con mucha fe en el maestro y poco espíritu de análisis, pronto descubiertos por la crítica, que ha dejado todos los monumentos de la metafísica racionalista, amenazando derrumbarse, con sus fallos a la vista de todos.

El pensador español, por el contrario, parte de la contradicción como de un hecho establecido sobre el cual se funda su estado sentimental, su sentimiento trágico, que da origen a la fe a base de incertidumbre en algo que no es, pero aspira a ser, algo que constantemente se crea. Lo que fué falla en otras construcciones metafísicas es en ésta fundamento.

La filosofía es para Unamuno un producto natural de la conciencia y aun de la vida toda. La fórmula ahondando en su propio yo, y al formularla siente que formula la filosofía de un pueblo, el español, del cual se cree intérprete.

Agudeza crítica y profundidad afectiva dan origen a esta actitud unamuniana que se llama su filosofía. Poca originalidad en las ideas—¿quién la tiene en filosofía?—pero actitud trágica, reconfortante y viril ante la vida.

Su moral puesta en acción significa la conquista heroica de la inmortalidad por la persecución de un fin social. Mi vida comprobará mi doctrina, dijo pragmáticamente en 1912, y su vida, desde los ataques a la realeza que provocaron su destitución del rectorado de la Universidad de Salamanca, ataques cuya finalidad es remover reciamente el alma española, es la comprobación pragmática de esa afirmación. Este poeta y filósofo y hombre de acción que tan fundidas tiene

estas tres formas de humanidad superior, racionalista y místico heterodoxo, hace pensar igualmente en los profetas de Israel y en los místicos españoles del siglo de oro.

Discutir racionalmente su doctrina sería cosa ociosa. El mismo es su más agudo crítico, y nadie comprende mejor que él lo inestable de su posición.

Las soluciones del problema de las relaciones entre la ciencia y la religión de Haeckel, Spencer y Comte, representan la subordinación absoluta de la religión a la ciencia. Las soluciones de Ritschl y James representan ensayos de armonización de la ciencia y la religión de modo que cada una conserva su autonomía completa, hechos por pensadores de mentalidad protestante. La última en el orden del tiempo, ésta de don Miguel de Unamuno, es un ensayo de acuerdo entre la ciencia y la religión sobre la base de su contradicción íntima, por una mentalidad formada en un ambiente católico.

Unamuno, cristiano heterodoxo, anti-intelectualista, vitalista y pragmatista, al mismo tiempo que sabio dotado de un profundo espíritu científico, soñador y realista, poeta y hombre de acción, hombre contradictorio que funda en la gran contradicción entre lo real y lo ideal su fe y los motivos de su acción, es la figura más original y vigorosa de la España viva de hoy, y la figura profética de la España que vendrá, de la que actualmente se está engendrando.

ENRIQUE L. MARSHALL

Concepción, 1924.

Dr. Carlos Charlín.

El programa espiritual de un universitario

(Conferencia de Extensión Universitaria dada en Concepción el 24 de Diciembre de 1923)



SEÑORAS, señor Presidente, señores Profesores de la Universidad,
Señores,

siento un vivo orgullo, no por cierto sin una mezcla de emoción, al hablar en esta Universidad, que desde lejos he admirado y con vivo interés he seguido en sus primeros pasos.

La he admirado por lo que es ya, por lo que promete ser y también por su significado profundamente consolador: revela una altura de miras, una visión del porvenir, un altruísmo, un ambiente social, en fin, digno de un país muy culto.

Concepción, esta reina del Sur, es la reina fluvial de Bío-Bío, y como reina tiene una corona; pero a ella le faltaba el diamante que toda corona tiene; la Universidad se lo ha dado al engastar en metal el brillante de la chispa intelectual.

Es para mí muy honroso venir a colaborar, aunque sea sólo un instante, en una obra que enaltece a esta ciudad y dignifica a este país. La tarea que emprendo es temeraria, lo sé; pero haré todo lo que esté de mi parte para no quedar en la demanda.

Y entro en materia.

El espíritu de un hombre maduro tiene ciertas características inmutables; no está sujeto a variaciones; ha tomado, si pudiéramos decir, ciertos pliegues imborrables; ha adquirido cierta fijeza en la manera de observar, de sentir, de juzgar; se ha cristalizado en un tipo determinado.

Pero esa cristalización espiritual ha venido preparándose lenta y sigilosamente, y la forma que toma el cristal depende en gran parte,—no lo olvidemos,—de los primeros años de vida libre y consciente; es decir, de esa época vecina a la veintena, que coincide justamente con la vida universitaria.

No digo que todo dependa de ella, porque siempre lo fundamental es la materia prima, son las cualidades innatas, buenas o malas, propias de cada individuo.

Lo que es plomo no será transformado en oro por la educación, ni por la instrucción, ni por ningún medio extraño. Todos conocen el caso de Nerón, que, rodeado desde su más tierna infancia de los filósofos, de los sabios más eminentes de su época, murió como había nacido: nació una fierecilla¹ y murió una fiera, desgarrando el pecho que lo había amamantado, degollando al maestro que lo había enseñado.

Pero es preciso decir también que el oro no trabajado permanece en el estado de vil metal, mezclado a la tosca piedra y no utilizado por nadie.

La educación, la instrucción, tienen esa misión santa: descubrir en la tierra humana la veta que todos poseen, más o menos rica, de metal más o menos precioso; que existe en el fondo de nuestra alma; y, descubierta ella, explotarla, y el metal extraído refinarlo, pulirlo y convertirlo, si posible fuera, en una filigrana, en una alhaja.

Pues bien, es preciso que los jóvenes sepan que ese trabajo² de selección, de purificación, de valorización, no lo hace la escuela; que para esa verdadera ciencia íntima no hay cátedra en esta Universidad, ni en ninguna otra del mundo; que ese trabajo especialísimo de valorización espiritual sólo lo puede hacer cada uno lentamente en su fuero interno.

La formación del intelecto y del alma debe iniciarse temprano, en plena juventud, especialmente durante la vida universitaria.

Yo quiero indicar a los jóvenes de esta Universidad algunas líneas generales del programa de formación espiritual, indicarles cómo pueden ir preparándose para que, cuando llegue la edad adulta, la época de fijación de la personalidad, de cristalización, posean un cristal límpido y de mil reflejos.

Jóvenes,

desde el primer paso os debo decir que si realmente queréis alcanzar altura espiritual y, por ende, moral, si queréis ser de veras intelectuales en toda la fuerza que este concepto tiene, como parece indicarlo el que sigáis estudios universitarios, debéis imponeros ciertas normas para el futuro.

Debéis considerar la vida con un criterio distinto al del industrial, al del comerciante, al del hombre de negocios.

El dinero, para vosotros, futuros abogados, médicos, ingenieros, etc., no debe ser lo principal; no es ni puede ser vuestra suprema ambición.

Aquéllos de vosotros que sigan después en silencio guiando su barca por la estrella del peso, ésos conseguirán talvez la fortuna, pero no conseguirán nunca ni la altura moral, ni la altura espiritual de un intelectual de verdad. Podrán ser envidiados, pero no respetados, y quién sabe si ya viejos, serán, a pesar de su dinero, despreciados por la juventud futura.

Si queréis sinceramente emprender una obra de perfeccionamiento mental y moral, es preciso quitar del camino este prejuicio del dinero, que desorienta a la mayor parte de los hombres, que aplasta y ahoga las mejores ilusiones y tron-

cha el destino de muchos mortales. Debéis trabajar sin ser guiados por esa brújula; debéis trabajar por placer, y nó por interés.

El dinero debe ser un medio; no debe ser un fin. Hay que mirarlo como merece, sin respeto, como a sirviente, nó como a patrón, y en cuanto se puede, hay que despedirlo como se despide a un mal criado.

Os voy a decir cómo lo trataba don Vicente Reyes, el ilustre patricio, orgullo de toda una generación, quien, sin lugar a dudas, vivió rodeado del mayor prestigio con que haya vivido un chileno.

Don Vicente, antes de llegar a la senectud, encontrándose aún en plena fuerza y poseedor de una mediana fortuna, fruto de su trabajo, resolvió tirar una raya sobre el factor económico: la renta de que disfrutaba era suficiente para subvenir a sus modestas necesidades, y adquirir más dinero ya no tenía razón de ser para él. Resolvió trabajar, trabajar siempre, pero nó para él, sino para los demás.

Una tarde se presentó a su bufete un caballero, heredero de una de las principales fortunas de Chile, y le pidió que hiciera la partición de propiedades urbanas y rurales, valores bancarios, etc., ascendentes a cerca de treinta millones de pesos, lo que significaba un honorario de varios centenares de miles. Don Vicente le contestó que estaba retirado de la vida activa profesional y que ya no se interesaba por esta clase de trabajos. Como insistiera el heredero y tratara de convencerlo, aduciendo que la partición no iba a presentar dificultad alguna y que la familia estaba dispuesta a pagar principescamente el servicio, don Vicente replicó: «Señor, si la familia Rotschild me trajera sobre una bandeja de plata sus bienes para que los partiera, le devolvería la bandeja con un millón de gracias.»

Pocas semanas después se le ofreció la partición de los bienes del señor Abello, que dejaba cuantiosas sumas para obras de beneficencia. Don Vicente Reyes aceptó con la condición de no recibir emolumento alguno.

Para este patricio, el dinero era un objeto de lujo, de ostentación, y no tenía mayor interés que una perla o un brillante, que habría rehusado llevar en un anillo o en su corbata.

Me perdonaréis que me explaye acerca de este punto; pero tal insistencia ha sido intencionada. Vivimos en Chile, país nuevo, una de las primeras etapas de la civilización, la etapa económica; la pobreza o, por lo menos, la modestia reinante hacen aparecer el dinero como el factor principal o talvez el más interesante de la vida. Comprendo que domine ese criterio allá en la ciudad; es así, porque debe ser así; pero en la Universidad, aquí, debemos sentir aires más puros y debemos esforzarnos todos por crear una atmósfera idealista.

Este desinterés, este renunciamiento económico de que os hablo y que os parecerá doloroso, lo practican el magistrado, el pedagogo, el soldado, y lo debe realizar el universitario de capitán a paje, de profesor a estudiante. Empero, notad que no pido para vosotros la pobreza franciscana; nó. Deseo sólo ese término medio económico, el más propicio para la labor espiritual; esa «dorada medianía» de Horacio, tan fácil de alcanzar en nuestra tierra cuando se trabaja.

Si os dedicáis al estudio, a este estudio desinteresado, no vais a ser Cre-

«sos ni Petronios; pero vais a ser mucho más: vais a ser Quijotes en un mundo poblado de Sanchos. «El mundo espiritual es el bien sumo, dice un filósofo romano; si lo posees, comienzas a ser compañero de los dioses. Llegar a ese punto del sendero es seguro y fácil, y la Naturaleza te ha provisto de todo lo necesario para alcanzarlo. No será el dinero lo que te haga compañero de los dioses, ni tampoco la reputación extendida por los pueblos; tampoco la multitud de criados que lleven tu litera por caminos y ciudades; tampoco la belleza y la fuerza del cuerpo, sujetas a la vejez. Necesario es, pues, buscar algo de lo que no se compra y a lo que nada se oponga ¿Qué será esto? El espíritu; y este espíritu puede encontrarse en un caballero romano, en un liberto y en un esclavo... y Séneca agrega una frase revolucionaria que, repetida después de treinta generaciones, levantaría de seguro una polvareda... ¿Qué es un caballero romano, un liberto o un esclavo? Palabras, nombres nacidos de la ambición y de la injusticia».

Supongamos cortados los lazos que mantenían vuestro espíritu atado a la tierra, a la materia, a la vulgaridad, a la plititud; prometed ser desinteresados y habréis roto la cadena, y vuestro espíritu ya libre podrá volar hacia altas regiones.

Ahora, ¿cómo alcanzar esa actividad plena de la inteligencia que, con el transcurso de los años será rica madurez intelectual, el más preciado adorno que puede ostentar un hombre? Sometiéndose desde temprano, desde luego, a una disciplina de trabajo, imponiéndose ciertas normas en la vida, trazándose un programa. El lema que debe inspirar ese programa es el perfeccionamiento constante, el enriquecimiento no suspendido de vuestra intelectualidad.

Os debe animar un ansia de saber y debéis permanecer eternamente inclinados sobre «esa fuente milagrosa que nunca se altera». La fuente inagotable del saber está a vuestro alcance: son los *libros* y es la *vida*.

Los libros os dirán las verdades que estudiando han conquistado vuestros mayores; la vida os entregará las verdades que seáis capaces de arrebatarle.

La lectura

Es preciso que la lectura se convierta para vosotros en una necesidad y llegue a iniciarse como un acto reflejo. Establecida la costumbre, dejaos llevar: «l'habitude est une seconde menagère», dice Sully Prudhomme; es una segunda dueña de casa que manda dictatorialmente. Sin esfuerzo, ella irá día a día proveyendo vuestra despensa, os irá enriqueciendo.

Pero debéis vigilarla, debéis dirigirla suavemente, porque suele convertirse en urraca que llena la casa de cuanto encuentra a su paso; y si la dejáis, tendréis conocimientos disparatados y desordenados, y vuestro hogar hará la impresión de una casa de consignación y no de una residencia culta, elegante, refinada.

Hay que saber leer y lo que debe leerse. Se leerá diariamente; se hará

voto de lectura; pero hay que leer moderadamente: dos horas al día bastan. Una hora en veinte años puede convertirnos en sabios.

Porque hay que dejarse tiempo para observar y pensar; las lecturas excesivas ahogan el espíritu, lo intoxican, hacen desaparecer la personalidad, y el pensamiento se convierte en un pálido y frío reflejo del pensamiento extraño. Se pasa a ser algo así como una colonia de potencia extranjera, y la independencia siempre se defiende como sagrado bien, aunque lo que se defiende sea pobre.

Establecida la costumbre de la lectura consciente e inteligente, habréis adquirido uno de los medios que con los años os armarán caballeros de la idea.

Lecturas profesionales

Se leen con un espíritu distinto un libro de enseñanza y una revista.

El primero, el libro didáctico, se aborda en estado de asimilación, tratando de retener cuanto de importante traen sus páginas, en completo abandono espiritual, en el estado de alma del niño de colegio. Se lee como un creyente lee un libro de fe.

La revista, por el contrario, se abre con el espíritu alerta, pronto a la discusión, y cuanto se lee debe pasar por el tamiz de la crítica. Ni debe discutirse lo que los maestros afirman como indiscutible, ni debe aceptarse como cierto lo que permanece aún en el terreno de la hipótesis.

¿Qué leerá el joven profesional? En primer lugar deben llegar a sus manos los buenos libros que se publican y una o dos revistas de la especialidad a que se dedique. Nada nuevo de cuanto ocurra en ese dominio puede ignorar.

Lecturas no profesionales

Pero el joven que limite sus lecturas a su especialidad, que cultive sólo ese campo, consiente en una limitación de su intelecto que lo deforma; será un intelectual unilateral; atravesará la vida con anteojeras, y, como el caballo que arrastra el coche a través del bello paisaje, sólo verá el camino.

El profesional tendrá el espíritu abierto a todos los conocimientos humanos: científicos, literarios, filosóficos, artísticos, y sus lecturas versarán sobre temas generales y no sólo sobre temas profesionales.

Pero aquí cabe también una nueva clasificación.

Lecturas de pasatiempo

Apropiadas para época de vacaciones. Hay lecturas ligeras, como, por ejemplo, las novelas. Se dan vuelta las páginas sin pensar; es una lectura de entretenimiento. Esta lectura no deja ningún provecho; es un pasatiempo de poco más valor que el juego del naipes, del dominó o de las damas. No son recomendables; son inútiles, cuando no perjudiciales, y nos parecen más dignas de una vida espiritualmente ocio-

sa que de la de un estudioso. Éste, cuando abre un libro, debe hacerlo con el sano propósito de obtener algún provecho, de proveer su despensa, siempre pobre.

No me refiero aquí a las novelas de fondo, de tesis, o que encierran un verdadero valor literario, como las de Balzac, Anatole France, Bourget, Tolstoy, D'Annunzio, etc., o de los grandes novelistas españoles, que forman el gusto artístico y cumplen así el lema de vuestro programa: el enriquecimiento constante de vuestro intelecto.

Preferible a la novela es el libro de historia.

La novela es una historia artificial y falsa de la vida; la historia es una novela vivida por seres semejantes a nosotros; es la exposición de crisis sociales y políticas acaecidas; es la novela del mundo, del cual nosotros también somos protagonistas, pero en época distinta.

Ninguna novela más apasionante que la Revolución Francesa. En ese cataclismo, por la brutal ruptura del equilibrio social, aparece suelta en la calle, en la asamblea, en el hogar, la bestia humana, que en todos nosotros existe y que ignoramos, porque dormita en la subconsciencia.

¿Qué decir de la epopeya napoleónica, de la historia de ese superhombre, tan superior y distinto a los demás hombres, que parecía un «lobo viviendo en medio de un rebaño de ovejas», según la expresión del historiador?

Abrid la historia en cualquier página: aquí tenéis la novela sangrienta de las Repúblicas italianas, la novela feroz de la Inquisición, la novela teatral de Gustavo Adolfo de Suecia, la novela lúgubre de Felipe II, la novela pura como cristal de roca de Franklin. . .

¡Y qué escritores encontraréis para daros a conocer semejantes trozos de vida: a Macaulay, a Taine, a Cantú, a Michelet, etc., y, entre los modernos, a Ferrero!

Si os queréis entretener instruyéndoos, no tenéis sino la dificultad de escoger. Porque la historia os va también a instruir, ya que al mostraros la vida tal cual ha sido, os indica también cuál es. El mundo, cuanto más cambia, tanto más igual es a sí mismo.

La conmoción rusa de principios del siglo XX es la repetición, paso a paso, de la conmoción francesa de fines del siglo XVIII, el Fascismo, el Directorio español, son fenómenos parecidos observados muchas veces en el transcurso del tiempo; son los pretorianos de la antigua Roma, son los genizaros de Constantinopla adueñándose del poder cuando el César es débil e inepto.

El discurso que pronunció Mussolini en Montecitorio, en la Cámara de Diputados italiana, después de su golpe de Estado de Octubre de 1922, es una nueva edición del discurso pronunciado por Cromwell tres siglos antes en la Cámara de los Comunes. Así habla la fuerza en todos los tiempos cuando se dirige a la debilidad, a la pusilaminidad, al miedo. Otras veces no necesita hablar. Uno de los Luises de Francia penetró al Parlamento después de una partida de caza, de sombrero puesto, con bofa alta, calzado de espuelas, y lo disolvió con un movimiento de su huasca.

El pasado nos ilumina el presente.

Os decía que en la Revolución Francesa apareció a la luz del día la fiera humana; se asoma ella siempre en épocas anormales, cuando las pasiones excitadas

soplan en huracán y hacen perder el self-control, es decir, el dominio de lo consciente sobre lo subconsciente.

En la última revuelta universitaria, los estudiantes que tomaron parte en la asonada de la clase de Fisiología y amenazaron de muerte a los fieles alumnos de mi querido profesor Muhm, los que vejaron y ultrajaron a este maestro, Bayardo sin miedo y sin tacha, honra de nuestra Escuela ésos habían perdido el auto-control y se encontraban a merced de su fiera.

El maestro se cruzó de brazos, los miró y los compadeció, y después... los perdonó.

De gran interés son también los libros de sociología, de economía política, de crítica literaria o artística, de viajes, etc.; pero, doblo la página, porque esto me arrastraría muy lejos de mi tema.

Lecturas de fondo

Literatura y Filosofía. Me refiero aquí a los clásicos, que posiblemente han despertado poco entusiasmo en vosotros... Es que no sabéis leerlos.

Abrís el Quijote con el espíritu con que abris una novela. Profundo error. Los clásicos se deben leer muy despacio y reflexionando. Es licor que se bebe paladeándolo.

Esos príncipes del espíritu han escrito después de meditar, y nosotros, humildes siervos, debemos leerlos como ellos escribieron y rehacer, si nos fuera posible, la meditación que ellos hicieron.

Se lee, pues, para pensar.

El libro es una ayuda, un estimulante, un iniciador, pero nó una cadena (1).

Vivimos en el obscuro fondo del valle; el genio nos da la mano, y el pensar al unisono con él nos eleva a las cimas que él habita, nos acostumbra a los aires de las alturas, y cuando lo dejamos y volvemos a hundirnos en la media luz de nuestra medianía intelectual, nos queda como un resplandor de la alta montaña. Los genios son nuestros amigos, nos enseñan a pensar, a bien pensar; y esto no es sólo un deleite. Uno de ellos ha dicho: «Bien penser: voilà le principe de la morale» (2). Sí, aprender a bien pensar, he aquí el fundamento de toda moral.

Recuerdo que una tarde fui a ver a don Julio Zegers. Encontré al bello anciano, terminada su frugal comida, leyendo; me mostró unas obras de Voltaire, de Lord Byron, y no recuerdo qué otras que estaban sobre su mesa, y me dijo: «Aquí tenéis a mis amigos, a mis nobles amigos», y con una fina sonrisa, agregó: «y pensar que algunos caballeros del Club de la Unión creen honrarme con su amistad... No nocen el linaje de mis relaciones».

Sí, haced como don Julio Zegers; buscad amigos entre los genios.

Sí, es conveniente familiarizarse con tres o cuatro grandes pensadores y consultarlos, leerlos con regularidad, diariamente; un cuarto de hora de esta lectura basta.

(1) Sertillanges.

(2) Pascal.

Os aconsejaría que formaráis al lado de vuestra pequeña biblioteca profesional, una colección de quince o veinte libros escogidos, literarios, filosóficos.

Sería difícil prever y calcular la acción benéfica que puede ejercer sobre una vida la influencia constante de un alma selecta, de un espíritu superior.

El arte

Después de haberos hablado de la lectura, quisiera detenerme en el arte; pero el tiempo no me lo permite.

Os diré sólo que si los grandes pensadores enseñan a pensar, los grandes artistas enseñan a sentir honda, pura y bellamente.

La observación, la meditación

La lectura, hemos visto, tiene por objeto distraer, llenar noblemente un descanso, enseñar o hacer pensar cuando se oye la voz de los grandes pensadores.

Pero, si la lectura no debe ocupar más de una o dos horas de la jornada, ¿significa esto que cuando el intelectual haya terminado su trabajo, deba silenciar su cerebro y entregarse a una existencia vegetativa?

Nó; este tiempo desocupado, en que no lee y no trabaja, es un tiempo precioso, es el tiempo en que se encuentra él solo consigo mismo, en que el pensamiento libre está en las mejores condiciones para elaborar una obra personal.

El paseo, la marcha, el reposo del hogar, son instantes de reflexión, de confesión íntima, de auto-juicio; en las tierras del futuro, se trazan los caminos que se han de recorrer, se maduran las resoluciones que mañana han de tomarse.

Empero, esta contemplación interior está medida, fiscalizada, porque es fácil que se convierta en vicio y se deslice hasta el anonadamiento físico del nirvana hindú y del sosiego andaluz. Más importante y más interesante es la contemplación del mundo exterior.

Es el momento de leer el libro más cautivador de cuantos se han escrito y se escribirán: el libro de la vida.

Para leerlo, no basta mirar: hay que ver con los ojos de la inteligencia; hay que *observar las cosas* y los hombres, y meditar.

Todo despierta interés, porque en todo existe el misterio. Las cosas inertes tienen también su vida; mirad una flor, y muy luego advertiréis en esa pequeñez un mundo que no sospechabais y que no comprendéis.

De las cosas corrientes hay que elevarse a las ideas generales. Que la vista de un desamparado os haga pensar en la desigualdad de los hombres, en la injusticia social, y, también, en la triste e ineludible necesidad de que así sea; «soportaremos de mejor manera a los poderosos pensando que los mendigos nos soportan», ha dicho Schiller. Que la hilera de camas de un hospital no signifique, para un estudiante de medicina, sólo una serie de casos clínicos, sino que aparezca como una manifestación de la pobreza vergonzante a que se puede llegar, del dolor al cual se llega fatalmente.

Un cielo estrellado en una noche plácida de verano deja insensible al iletrado, pero conmueve al pensador, que siente la grandiosidad del cosmos, la pequeñez del hombre, y su alma que vaga entre el infinito y la nada. Después de semejante contemplación, un inspirado borroneó estas contadas palabras: «Le silence de ces espaces infinis m'effraye...» (1).

Sí, el verdadero intelectual encuentra en el más ligero impulso del exterior la ocasión de un movimiento sin fin que lo llevará a tanta mayor altura cuanto más poderosas sean las alas de su espíritu. El sabio pasea por todos los tiempos y por sobre todos los caminos una mente madura para las adquisiciones que el vulgo desperdicia.

Tener siempre el pensamiento a la expectativa; he aquí el secreto. Si no sabéis mirar así, no seréis sino unos seres vulgares.

Aprended también a escuchar, y escuchad con atención al más pobre, al más burdo. Un sinnúmero de verdades circulan en los discursos más simples; un «huaso» es a ratos mucho más sabio que un filósofo.

Mirando y escuchando, aprenderéis a pensar.

En todo hay inteligencia; sólo el pobre de espíritu proyecta sobre todos los muros la sombra de su frente obtusa (2).

Ahora, *observad a los hombres* que os rodean; tratad de hacer de cada uno un bosquejo psicológico, y os sentiréis maravillados ante la infinita diversidad espiritual, diversidad tan infinita como la de las cosas materiales. Sería tema de meditación nunca terminada considerar la complejidad de los caracteres humanos.

Este presenta cualidades sobresalientes y defectos incomprensibles; este otro, al contrario, goza de un equilibrio aparente de sus facultades: piensa como Sócrates, habla como un oráculo, y, no obstante, procede a veces como un desequilibrado; aquél es de una rigidez y simpleza psicológicas tales, que hace la impresión de una figura egipcia, y aquel otro, en fin, es un enigma que en vano trataréis de descifrar.

Y al sorprender tanta diversidad junto a tanta imperfección, dudáis de vosotros mismos y perdonáis para ser perdonados.

Si observáis a los hombres, aprenderéis a ser ecuánimes; si os encerráis en vuestro gabinete, os formaréis un criterio inquisidor, atravesaréis la vida sin conocerla y llegaréis al término de vuestro viaje desorientados y destrozado el corazón.

El hombre observador, por el contrario, llega a la ancianidad sonriente; cuanto acontece, comprende; cuanto ve, disculpa. El doctor Roberto Aguirre, decano de la Facultad de Medicina, se complace en recordar una frase de su padre, don Joaquín Aguirre: «El que quiera mula sin maña, que ande a pie». Yo quiero que sepáis desde luego que todas las mulas tienen mañas y todos los hombres, graves defectos, y si queréis ser ayudados, tomad a los hombres como son y no como ojalá fuesen.

¡Qué interesante es también observar el móvil de los hombres! Este obedece sólo al dinero; aquél a ambición más noble, ha hecho de la filantropía su vida; éste,

(1) Pascal.

(2) Sertillanges.

como la enredadera, sube asiéndose al robusto roble; este otro franquea sólo todas las etapas a golpes de esfuerzo, y, en fin, aquél, en plena juventud, recoge el velamen de su barco y se entrega a la corriente.

Se asiste, cuando se mira y se ve, a una lucha silenciosa, constante, que dura lo que dura la vida; lucha del hombre contra el hombre, del hombre contra la naturaleza, del hombre contra el destino. Se asiste a un drama magnífico: el drama humano.

De esta excursión por el mundo material y espiritual, se vuelve enriquecido de experiencia, de equilibrio, de justicia; se vuelve más sabio en la ciencia que es la coronación de todas las ciencias: la filosofía; se vuelve más rico en bondad, que es la suprema filosofía.

Porque todos somos filósofos; cual más, cual menos; consciente o inconscientemente.

El silencio que sigue al trabajo, la ociosidad que separa dos lecturas, no son, pues, para el intelectual, una ociosidad vacía; no es el silencio de la nada del necio; es un silencio vivido, preñado de ideas, gracias a la contemplación del mundo exterior y a la reflexión. A este silencio debe de referirse el árabe cuando dice: La palabra es de plata, pero el silencio es de oro.

Y las múltiples observaciones recogidas en estas constantes excursiones forman un rico botín, un capital gracias al cual nacen, con la meditación, las ideas personales, propias, carne de la carne, no leídas en el libro, no dictadas por el vecino, que permiten pensar de una manera original, que imprimen un distintivo a la personalidad. «Llevo en mi cerebro mi trono imperial», exclama Schiller con entusiasmo.

Se pasa de ser una cosa a ser alguien, a ser hombre, un hombre completo. «*Toute notre dignité consiste en la pensée*», concluye fríamente Pascal.

Debéis ambicionar ser alguien, y lo seréis si tenéis vida interior.

Os he indicado los dos senderos que conducen a esta meseta luminosa, a ese supremo desiderátum del hombre inteligente: la lectura que os instruirá y os enseñará a pensar, la observación que os hará pensar.

Pero el intelectual no puede contentarse con ser un espectador mudo de la pieza a que asiste.

Limitarse a esto, sería hacer obra harto incompleta e inútil para la comunidad. Después de haber hecho suyo el mundo exterior, el pensador debe devolver lo recibido; marcado con su sello, debe exteriorizarlo.

La palabra

Ya en posesión de cierto bagaje de conocimientos y de experiencia, el intelectual debe transmitirlos a los demás, debe hablar, debe escribir, debe enseñar a sus semejantes lo que sabe, debe tender la mano al que no sabe, como el Buen samaritano tendió la mano al herido del camino.

El que ignora, si no es un herido, es un inválido, es un ciego espiritual.

El intelectual debe comunicar sus ideas personales, sus observaciones propias

y sus reflexiones, a sus compañeros, a sus amigos, sobre todo a sus jóvenes amigos.

«Todo quiero transmitirlo, escribe Séneca a su amigo Lúculo, porque no gozo en aprender algo, sino para enseñarlo a los demás. Si se me ofreciese la sabiduría a condición de tenerla oculta, la rechazaría».

Es necesario acostumbrarse a expresar su pensamiento en forma clara y concisa; mucho hay en esto de hábito y ejercicio. Debe escribirse lo más temprano posible; al principio se escribe mal; luego después se escribe mejor. La vergüenza, el pudor, el exceso de amor propio, cierran muchas bocas y paralizan muchas manos. Debéis combatir esa timidez.

No busquéis el adorno; escribid sencillamente, tal cual sale de vuestra pluma. La naturalidad, la espontaneidad, es la cualidad más preciada de un estilista.

Hablad sencillamente, sin retórica, contando las palabras como si fueran libras esterlinas. Hay que hablar poco; lo muy preciso. Vosotros sabéis que la mercancía se valoriza tanto más cuanto menos abundante es.

Hay que hablar poco, y la palabra ha de ser la expresión matemática de la idea. Esta, hemos visto, nace en el silencio. D'Annunzio admira en Beethoven sus maravillosos silencios: la melodía se interrumpe, sobreviene un silencio que se advina cargado de armonías y de pensamientos, y luego después, la melodía continúa.

El trabajo

Por las razones de que hemos hablado, la lectura, la observación, la meditación, no son sino momentos preparatorios de la acción.

«Il faut se separer de la foule pour penser, s'y confondre pour agir», ha escrito Lamartine.

La acción es lo efectivo, lo real, lo que justifica vuestro paso por este mundo. En la acción vais a realizar lo que habéis aprendido, lo que habéis pensado. En la acción vais a construir.

El trabajo es el acto trascendental. Entrad a la acción con entusiasmo, con bríos, con vehemencia.

Hundíos en el trabajo con fruición. No entréis al escritorio, a la oficina, al taller, reloj en mano, pensando en la vuelta, porque entonces no os daréis por entero al trabajo, no daréis toda vuestra personalidad, y todo lo que hagáis será mediocre. Desde que os ponéis al trabajo, no os pertenecéis: sois esclavos de la acción.

Trabajad sin mediros, os repito; y entonces saltaréis todos los obstáculos, venceréis todas las dificultades, llegaréis allí adonde queráis llegar.

Nadie os podrá detener; talvez sea más fácil detener al río que cuesta abajo va hacia el mar, que sujetar al hombre resuelto que camina cuesta arriba, hacia las cumbres.

Acallaréis las críticas, ahogaréis las risas, el sarcasmo,—esa espada de los débiles, de los impotentes—, aplastaréis a los envidiosos y forzaréis el aplauso de vuestros enemigos.

Se murmura, se dice que sois incompetentes: se contesta trabajando; que sois torpes; se contesta trabajando; que sois malos hombres: se contesta trabajando para los demás sin medirse.

El trabajo es un arma invencible, irresistible. . . No conozco ninguna otra que permita en la vida ser vencedor por completo, sin remordimiento; no conozco ninguna otra que permita llegar a la cúspide con nobleza.

Pero esta arma formidable lo es sólo si es manejada con constancia, con paciencia, con persistencia. Si sois unos trabajadores intermitentes, quedaréis rezagados en el camino.

Escuchemos a Pasteur, el hijo del obrero, que llegó con trabajo y constancia a ser deificado en vida: «Travaillez; une fois que l'on est au travail, on ne peut plus vivre sans lui. D'ailleurs, c'est de là que depend tout dans le monde.

«C'est par un travail assidu, sans autre don particulier que celui de la persévérance dans l'effort, joint peut être à l'attrait de tout ce qui est grand et beau, que j'ai trouvé le succès dans mes recherches.»

He copiado estos pensamientos y los he clavado en una de las salas de mi clínica, a fin de que los jóvenes que allí concurren los lleven siempre clavados en la frente, y a fin, también, de que quien los copió no los olvide.

El éxito

Si sois trabajadores, tened confianza en el porvenir, sed optimistas, risueñamente, ingenuamente optimistas.

La recompensa vendrá; existe una justicia inmanente que aletea invisible en el espacio y cual dorada mariposa, espera la oportunidad de posarse sobre vuestras cabezas. Sabed esperar; dadle tiempo al tiempo.

El tiempo es el soberano comprendedor. Tened confianza en él: hunde lo que la casualidad—el nacimiento, la fortuna. . . —, ha elevado, y levanta de la obscuridad lo que debe alzarse y lo que merece la plena luz.

Voy a terminar dándoos un talismán, la llave con que podréis abrir la caja misteriosa del éxito, es decir, de la felicidad; que os dará holgura económica, bienestar espiritual, que os rodeará de prestigio, que os hará atravesar la vida entre caras sonrientes.

Os voy a indicar el excitante que mantendrá vuestra voluntad y vuestros músculos en tensión constante y que os permitirá hacer prodigios.

Existe en el hombre un resorte que pone en movimiento todo el mecanismo humano; existe una palanca que puede levantar un mundo y que ha creado mundos. Todos tenemos dos pasiones que no son quizá sino una, que ocultamos con rubor, porque ellas no son santas, no son de noble origen; pero que son estimables porque permiten realizar cosas nobles.

Hacer el bien, ser buenos, ser trabajadores, estas santas intenciones no bastan para mover a los hombres, que son hombres, y nó santos. «L'homme n'est ni ange ni bête, et le malheur veut que qui veut faire l'ange fait la bête.» (1)

(1) Pascal.

Si, el hombre, cuando quiere hacerse el santo, se convierte en bestia.

Esa pasión que mueve los actos humanos es el amor propio, la ambición. No temo decíroslo: sed ambiciosos; tened amor propio; tratad de ser los primeros. Pero los primeros, usando armas caballerosas.

Y, aunque no lo seáis, ¡qué importa! Habréis sido lo más que podíais ser; habréis hecho rendir vuestro patrimonio cuanto podía; después, podéis morir contentos.

El amor propio y la ambición, lo repito, mueven a los hombres, y me atrevo a hacer esta confesión, amparado por dos sombras ilustres.

Os voy a dar primero la opinión de un genial gran señor que vivió en la corte del Rey Sol y que, por ese motivo, conoció a cuanto de más valor tuvo Francia durante el período más brillante de su historia. El duque de La Rochefoucault, ya viejo, retirado a sus tierras, antes de morir, nos dejó como legado sus terribles «Maximes», terribles de verdad y de franqueza. En ellas encontramos esta frase lapidaria: «La virtud no iría muy lejos si no marchara apoyada del brazo del amor propio.»

Y ahora os diré lo que escribió otro genial pensador que vivió en la misma época, pero encerrado en un convento, en Port Royal, entre devotas, dedicado a martirizar su cuerpo para salvar su alma. Pascal escribe: «El amor propio está tan profundamente anclado en el corazón del hombre, que un soldado, un cocinero, un sirviente, se admiran a sí mismos y quieren tener sus admiradores, y los filósofos también quieren tenerlos. Y los que escriben contra tal vicio quieren tener la gloria de haber escrito bien, y los que lo leen quieren tener la gloria de haberlo leído, y yo, que escribo esto, talvez tenga también ese pueril deseo. . .

«Somos tan vanos, que la estimación de cinco o seis personas que nos rodean nos entretiene y nos contenta. El agrado de la reputación, de la gloria, es tan grande, que cualquiera que sea el precio que se pague por ella, aun el de la muerte, siempre se la desea.» Y por fin, este último saetazo: «morimos alegremente, siempre que se hable de ello».

Pascal ha comprendido tan bien estas pasiones porque este hombre santo, este espíritu genial, era un ambicioso y veía horrorizado en el fondo de su alma su incommensurable amor propio.

Es un vicio innato e incurable. Transformad ese vicio en virtud, obligándolo a que haga de vuestra existencia una vida buena, bella y útil.

CARLOS CHARLÍN.

La Voluntad

"Como la mujer, la palabra es a menudo «una cajita llena de Fenómenos» . . . "

Ex.



LAMADO por la benevolencia de una dama ilustre a dar un curso de Literatura ante un auditorio compuesto de personas escogidas, recuerdo que una tarde se tocó el tema de la voluntad y alguien dijo una serie de palabras acerca de esta 'facultad del alma'.

Más que clases o conferencias, eran aquéllas conversaciones de índole intelectual, y no creí faltar a mi programa provocando una ligera digresión para definir claramente la idea de voluntad. En varias ocasiones había intentado obtener fórmulas exactas de algunas afirmaciones corrientes y casi siempre me había sorprendido la vaguedad de las contestaciones. Un día se habla de la imaginación. Pregunto: —¿Qué es la imaginación? Nadie lo sabe. ¿Y el criterio? ¿Y la inteligencia? Silencio. Sin embargo, esos términos se usan y manejan a cada instante, intervienen en todas las discusiones, pasan delante de nuestra vista con la frecuencia de las personas familiares. . . cuya naturaleza íntima, también ¡tantas veces! permanece misteriosa para nosotros.

Ese día le tocó su turno a la voluntad. Se trataba de los dramas de Corneille. Sus héroes, al decir de los críticos, se caracterizan por la energía de la voluntad, por la voluntad férrea, magnífica, triunfante. Bien. Pero ¿qué es la voluntad? A ver, Ud. . . .

—La voluntad. . . es la facultad de resolverse en tal o cual sentido, de ir en tal o cual dirección, es una de las potencias del espíritu.

En realidad, no había objeción seria contra éstas y otras definiciones; pero me dejaban un vacío, porque tras ellas no veía un pensamiento personal, sino la repetición de frases comunes. ¿Cómo funciona la voluntad? ¿De dónde viene? ¿En qué consiste? Yo no quería reglas de Manual Psicológico, ni eco de ajenas enseñanzas, si no algo personal, algo que se hubiera pensado con la sola luz del sentido común y la observación directa, es decir, algo raro y difícil de alcanzar.

—Pues bien—les dije—yo tengo una idea de la voluntad y quiero exponérselas a Uds. No pretendo que sea una definición inatacable; no hay definiciones inatacables. Es lo que se me ha ocurrido a mí mediante la simple introspección, mirándome actuar, tocando con el dedo los resortes de mis actos. ¿Quiere Ud., señora, hacer traer una pizarra a la sala? Yo no puedo pensar sin imágenes, porque no soy filósofo y mi capacidad de abstracción tiene límites muy reducidos. Quiero dibujarles con tiza la voluntad. . .

Hubo un movimiento curioso en el reducido auditorio. Las señoras hablaron, sonrieron, y cuando el mozo entró con el gran pizarrón negro, todas se agruparon en un extremo y algunas requirieron sus lentes con la atención del que va a presenciar una operación de magia y no desea perder un detalle.

Instalado el artefacto al fondo de la sala, tracé al centro de él un círculo y dije:

—Esta es una persona.

Inmediatamente sentí que la simple raya circular tomaba existencia. Agregué: —La personalidad humana, como los astros, está movida por atracciones y repulsiones, fuerzas que la solicitan en todos sentidos y, componiéndose entre ellas, le imprimen su rumbo y le dan su órbita por el espacio. En los astros y los planetas resulta fácil observarlo, porque esas fuerzas, aparentemente al menos, son simples y se reducen a dos: la centrípeta y la centrífuga. Y de su equilibrio resulta la armonía de las esferas y el sistema del universo. En la personalidad humana, en este compuesto de sensaciones, emociones, pasiones y pensamientos, actúan miles y millones de fuerzas y estas fuerzas varían a cada instante al influjo de los accidentes exteriores, por los hechos, por la temperatura, por un recuerdo, por un temor, por una esperanza, por las miles de visiones que cruzan y, apenas perceptibles, tuercen sin embargo nuestro paso y pueden variar completamente nuestro rumbo. Pero el arte de pensar es el arte de simplificar y todas esas fuerzas podemos reducirlas a las mismas que mueven el sistema planetario, atracción, repulsión, y para entrar en un orden de ideas bien accesible, las limitaremos más aun y diremos que son atracciones al bien y atracciones al mal, impulsos buenos, impulsos malos, cada uno con su intensidad respectiva. Desdeñemos, pues los accesorios y, procediendo como los matemáticos, materialicemos en líneas toda la complejidad de los odios y los afectos, de los buenos y los malos sentimientos.

Volviéndome hacia la pizarra, tracé dos rayitas iguales, una hacia arriba, otra hacia abajo.

Y continué:

—Este círculo, que es una persona, está enamorado y ha sufrido una traición. Quiere matar. La línea inferior representa el dolor de la herida moral, el instinto de venganza, la ira implacable, el temblor de la mano que requiere el arma, que siente la necesidad espantosa de disparar, de matar, de aniquilar. Tiene diez centímetros. La línea superior representa todo lo contrario, el miedo al castigo, la piedad hacia la víctima, el atractivo del perdón, restos de cariño invencible, es decir, cuanto se

opone a la resolución del crimen. . . También tiene diez centímetros. Ahora bien, díganme Uds., un ser humano en esta situación ¿qué hará?

En la sala se habría oído volar una mosca.

—No piensen tanto, hablen, digan. Hagan cuenta de que no se trata de un alma, de un corazón, de una entidad humana, sino de un pedazo de materia cualquiera. ¿No recuerdan las leyes de la mecánica elemental? «Dos fuerzas iguales y contrarias se destruyen». Pues bien, aquí tenemos dos fuerzas iguales y contrarias, perfectamente iguales y perfectamente contrarias. ¿Qué hará el hombre sometido a ellas? ¿Uds. no lo saben? Yo creo que no hará nada. . . Me parece de sentido común. Si al mismo tiempo, con la misma intensidad, quiere y teme, la lucha entablada entre el temer y el querer tendrá por resultado cero. . . ¿Por qué se detienen Uds. ante la conclusión? ¿Qué le encuentran a la fórmula? Voy a hacerla más clara.

Y alargué la raya de arriba cinco centímetros.

—Vean Uds. ahora. El amor, la benignidad, el temor al castigo, todo lo que detenía el brazo armado crecen. Hubo un consejo oportuno, una impresión favorable, sobrevinieron recuerdos de antigua educación, propósitos generosos de la juventud, lejanos impulsos atávicos, todas esas corrientes invisibles que cruzan por nuestro fondo sub-consciente y la raya superior se alargó cinco centímetros, se hizo la mitad más fuerte que la raya inferior. ¿Comprenden Uds. el resultado? ¿Se dan cuenta, ahora, de lo que hará el individuo y ven caer el brazo vengador y desprenderse el arma de la mano empuñada?

Dejando a un lado la tiza y limpiándome de los dedos el ligero polvillo blanco, terminé:

—Pues bien, señoras, esos cinco centímetros en que una fuerza excede a otra y la vence, eso, precisamente, es para mi la voluntad. . .

—Ah! no!—dijo una. . .

E inmediatamente se levantó un clamoreo de protesta:

—No, no, eso no. . .

—Eso es demasiado material: en las cosas sucederá así, pero nó en las personas. ¿Dónde queda el libre albedrío?

Una dama algo más entrada en años que las otras, teosofista de profesión, hija de un prohombre y varias veces millonaria, exclamó desdeñosamente:

—¡Eso no es filosofía!

—¿Y por qué cree Ud. que no es filosofía?

—Porque. . . es demasiado claro.

La distinguida señora o, para ser más exacto, la respetable señorita, tenía costumbre de leer con el nombre de libros filosóficos volúmenes que no entendía y se había formado el concepto de que la sabiduría era algo fuera de su alcance; en lo cual, por lo demás, bien podía no estar equivocada.

Continué, sin embargo, deseoso de precisión:

—Uds. pueden aplicar esta definición en la práctica y estoy seguro de que si afinan un poco el análisis comprobarán a cada paso su exactitud, aun cuando los fenómenos de la voluntad son los más complejos y sutiles del sistema psíquico. Y verán, al mismo tiempo—lo que no deja de constituir un goce especial—cuán erra

dos son los conceptos corrientes en esta materia. Se cree, por ejemplo, que una persona equilibrada es una persona de voluntad firme y constante, una persona que nunca vacila antes de tomar una determinación. Todo lo contrario: el que duda, el que titubea, el que jamás se resuelve definitivamente, sino que torna y retorna a pensar cien veces, el que va hoy en tal sentido, mañana en tal otro y pasado mañana en uno diverso, ése es quien tiene sus fuerzas interiores, sus atracciones y repulsiones en estado de equilibrio inestable. Cualquier impresión lo rompe y hace variar la dirección. En cambio, los enérgicos, los tenaces, los perseverantes, los que todo lo vencen con inquebrantable decisión, deben contarse en el número de los desequilibrados, contra cuya potencia de voluntad nada pueden los motivos exteriores. La raya dominante supera cien veces a la raya menor y se necesitaría una especie de aniquilamiento de su personalidad para cambiarles la directiva. En el hecho ¿no tienen parentesco cercano los inventores, los empresarios geniales, los manejadores de hombres y de pueblos, tiranizados por una vocación, y los locos poseídos de una idea fija? El mecanismo es igual: sólo existe diferencia en que mientras unos están de acuerdo con el ambiente los otros están en desacuerdo, mientras los primeros trabajan sobre realidades, los segundos trabajan o creen trabajar sobre reflejos ilusorios. Unos aciertan, otros se equivocan. Otro ejemplo. Las palabras, si se examinan con atención y no se repiten maquinalmente, encierran a menudo el secreto de los procesos intelectuales y sentimentales. Uds. habrán oído a menudo aplicar los calificativos de porfiado y enérgico. Se dice: —Fulano es un porfiado insopor- table,—en son de amarga crítica. Y: —Fulano es un hombre de gran voluntad— como la mayor de las alabanzas.—¿Cuál es la diferencia verdadera entre esos dos términos? En el fondo, ninguno. Son los resultados o, mejor, su choque, con nuestro modo de apreciar el mundo lo que los aparta. Llamamos porfiado al que tiene voluntad enérgica en contra de nuestra opinión y enérgico al porfiado que está de acuerdo con lo que nosotros pensamos; creemos que unos yerran y otros se equivocan. Y no hay más. Igualmente concebimos como individuos débiles de voluntad a los viciosos y criminales y como hombres de voluntad fuerte a los virtuosos y heroicos. Error. Para cometer un delito puede necesitarse la misma suma de voluntad que para dejar de cometerlo o para realizar una acción hermosa. Pero nosotros, por falta de análisis, tendemos a confundir las palabras y como es más fácil ir por el mal camino que por el bueno, hemos identificado la debilidad voluntaria con la maldad y la energía con el bien. Es un reconocimiento implícito de la corrupción de la naturaleza humana.

Ante las miradas vacías o absortas del auditorio, guardé silencio un instante. Todo el que habla en público *siente* lo que el público piensa; oye preguntas inaudibles y necesita contestarlas. Aquellas señoras silenciosas me interrogaban mudamente sobre la utilidad de esas definiciones que trastornaban sus ideas corrientes.

Terminé:

—Ignoro si todo esto servirá para algo; yo lo digo, porque me causa placer pensar o creer que pienso con exactitud, tocando hechos, moviendo resortes efectivos y se me figura que talvez, alguien, en alguna circunstancia, podrá sacar

deducciones prácticas y acaso no del todo inútiles de este sistema. En todo caso constituye una excelente higiene del cerebro y se la recomiendo.

Empleamos demasiadas veces las palabras como cajas cerradas cuyo contenido se ignora. Es preciso sentir de cuando en cuando la curiosidad de abrirlas para observar «lo que tienen adentro», como hacen los niños con los juguetes . . . Y no otra cosa he querido hacer esta vez, delante de Uds.

ALONE

El Viaje

I



ANZAMOS los aviones
en la loca conquista de los mundos.
Cantan las hélices dividiendo el día.
¡Iremos a las playas de Saturno!

De puerto en puerto,
en bahías de azul, en un crepúsculo
que agonice allá lejos en los brazos
de Jesucristo en horizontes de humo.

¡Recuerdos de la tierra!
plazas y torres en un cielo turbio.
¡Oh, lejanas montañas de amatista!
Hemos levado el ancla del futuro...

¡Oh rumor de las hélices
que derraman estrellas en el vuelo!
Hasta el lejano mar quedó dormido,
pero su canto lo llevamos dentro.

¿Hacia qué playa vamos?
¿Será la luna nuestro puerto?
¿O iremos a morir en una estrella
que canta en el vacío como un ciego?...

¡Estábamos tan solos!
 La muerte nos corría por los huesos.
 En un gesto de horror, nuestros aviones
 en el cielo de Elías se perdieron.

Nada queda del mundo.
 Rotas las vestiduras
 sentimos en la carne los luceros.
 El corazón es valle de luna.

Hemos subido tanto
 que nuestros ojos mirarán la túnica
 de Dios, y entonces en su llamarada
 como rosas que el viento desmenuza
 se romperán las hélices que cantan
 hacia los cielos la armonía última...

II

Lanzamos los aviones
 atravesando el día.
 En torno de los huesos nos envuelve
 una larga serpiente de ceniza.

Y aun cantamos en el horizonte...
 ¡Oh cielos de amatista,
 mares de Dios, remansos de los mundos!
 ¡Nos mostrarás, Señor, todas tus islas!

Y en medio de huracanes, lejos, solo,
 como a través de ventanales lilas,
 pálido desde el fondo de los cielos
 para vernos morir viene el Mesías...

Y así como los ángeles
 giran en el viento de su nimbo
 vuelan hacia la muerte los aviones.
 El corazón se vuelca en un suspiro.

Y nuestras voces en la maravilla
se perfuman y elevan en un himno
y van nuestros aviones
estrechando la gloria de su círculo.

III

¡Cómo lucen las manos
estrelladas del Cristo!
Horizontes de seda abren las hélices.
Ya empiezan a morir nuestros sentidos.

Pero aun en el viento de la muerte,
en un canto suavísimo,
nuestros aviones en la playa última
vuelan en el aliento de un suspiro.

IV

Pero allí estás inmóvil, con las manos
llagadas, triste el rostro.
En ti suspira toda la Belleza.
El universo se apoyó en tus hombros.

Miras los mundos;
anclaron las estrellas en tus ojos
y cuando alargas en tu cruz los brazos,
llora tu corazón sobre los Polos.

Estamos cerca, cerca
de la sangre florida de tus manos.
Ya nuestro corazón es un recuerdo.
En el aire de Dios va nuestro espanto.

Nada sentimos, nada.
Como en la paz de las praderas verdes
el corazón se nos perfuma todo.
¡Acaso ya la eternidad lo envuelve!

V

Callaron los aviones;
se durmieron las hélices.
Sólo veo tus manos frente al día.
¡Estás inmóvil siempre!

Sobre tu corazón cantan las horas;
giran los ángeles; las estrellas vienen
a tu colmena como las abejas.
¡Dime, Señor, si penetré en la muerte!...

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA.

Félix Armando Núñez

Canciones de la soledad invencible

I

LA CANCIÓN DE LA VIDA



ODA la tierra está vibrando—con un rumor de colmenar!—
Martillo, arado, sierra y hacha—todo se mezcla en un
cantar—y canto y sueño y pensamiento—se van hacia la
luz solar!

Oh! corazón del mundo, que ama—la perfección y el ideal!—
toda la tierra está vibrando—con un rumor de colmenar—entre el cor-
daje tembloroso—y áureo de la luz solar!

Mana alegría de los cielos,—estalla de alegría el mar:—¡toda la
vida es alegría!—¡Oh! la alegría de pensar,—de encontrar en la Luz
Eterna—el tenue hilo elemental—que une las cosas más diversas—en
una sencilla unidad.

Toda la tierra está vibrando—con un rumor de colmenar:—la
tierra toda por la escala—del sol gozoso y del cantar—asciende más,
asciende siempre—a la Belleza y al Ideal.

Oh! la alegría del trabajo—que, en la gozosa claridad,—hace
latir la tierra henchida—con un rumor de colmenar!— ¡Luz del pensa-
miento activo,— luz del amor y luz solar!— ¡hacia la luz, toda la
tierra—rompe en un diáfano cantar!

Oh! corazón del mundo, que ama—la perfección y el ideal!—
Martillo, arado y pensamiento—tienen un único compás,—y la can-
ción del mundo en marcha,—la férvida canción total—por sobre las

montañas—y el anhelo sin fin del mar,—dice en su letra irresistible:—
¡subamos más, subamos más!

II

CANCIÓN GOZOSA DE LA MÁS TRISTE SOLEDAD

Oh! la nostalgia de las cosas bellas—que anhelé tanto y nunca fueron mías!—Oh! labios de mujer que me negaron—el sabor vehementemente de la vida!

Oh! secreto del mundo, alma del agua—fugitiva palabra de las brisas,—suspiro de los valles! O! todo eso—que no pudo decir mi poesía!

Oh! nudo que ata mi alma con la Tierra!—Oh! atracción inefable y encendida—sobre mi corazón y mis sentidos—de lo que apenas saben mis pupilas!

El mundo nos sujeta en fuertes lazos—con atractivos que son nuestra dicha—y cada cosa bella que violamos—es una amarra menos a la Vida...

Oh! encanto de mi red intacta y trémula—en donde el Cosmos virginal palpita!—Entre sus hilos musicales y áureos—la Tierra está como recién nacida.

Oh! sed nunca saciada que me logras—la palabra turbada de armonía!—Oh! divina nostalgia de las cosas:—¡misterio de la vida no vivida!

Todo yo soy un ansia clamorosa,—un ansia de belleza, un ansia lírica!—de frases balbucientes de ternura,—un ansia de vivir en nuevas vidas.

¡Qué bello nos parece lo que siempre—quisimos y se hurtó a nuestra codicia!—El ruiseñor sediento de la luna—quiebra su anhelo en claras melodías.

Oh! belleza de todo lo lejano,—maravilla del cielo, poesía—de los astros!... También está lejana—para mi corazón la propia vida...

Mas, la embriaguez del canto me resarce,—y aunque la voz no suba estremecida,—mi corazón encuentra en la Belleza—la más vibrante y diáfana alegría.

III

LA CANCIÓN DE LA LUZ

¡Júbilo del sol matutino,—embriaguez de lírico azul!—La avasallante lumbrarada—pone a cantar mi juventud,—y estoy gozoso, tembloroso—loco de luz, sin otro amor—que el amor potente a la vida—y el amor divino del sol!

En sutil oleaje de oro—rompe, cantando, el viento Sur—la gloriosa marejada—imponderable de la luz!

Como una bandera gigante—se estremece fúlgido el azul,—y en el delirio luminoso,—grito de gozo al Norte, al Sur,—hacia todos los horizontes—y más allá del hondo azul,—como si mi corazón ebrio—fuese el manantial de la luz!

IV

CANCIÓN DE LA SOLEDAD LLENA

Canté la soledad, y no sabía—que tú llenabas esta soledad—como un perfume vago—como un blando susurro del pinar.

Busqué el hondo silencio, y no sabía—que me callaba para oírte más,—que derramé mi vaso—para que lo volvieses a llenar.

Mi alma era un estanque luminoso—en que subía un agua musical:—cuando estuvo colmada—me estremecí evocando tu mirar.

Busqué el hondo silencio, y no sabía—que me callaba para oírte más,—que sólo en tu palabra—se me iba a revelar la eternidad.

FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ.

La saturación literaria



AMOS haciendo este ardoroso camino del arte con los ojos un tanto encandilados. Siempre los llevamos puestos en la ruta de compañeros y maestros, más por cierto afán de emulación y competencia que por un reflexivo espíritu de aprendizaje. Y sin embargo, tanto como la enseñanza estética y los recursos para triunfar más o menos aprisa, debería interesarnos otra lección: la que nos podría dar alguna norma con la cual conservar las venturas de la victoria y asegurarnos una felicidad literaria duradera, sin esas amargas posadas tan de continuo, como cenizas encanecedoras, sobre las cabezas consagradas.

Porque a menudo vemos cómo los grandes ponen la planta en la gloria y explenden y subyugan un tiempo, para sentir de pronto, un día inopinado, que pasaron, que se les vuelve la espalda y se les relega cuando no cesaron de producir ni su obra revela siquiera empobrecimiento.

Lo hemos observado todos. No hace falta citar nombres o casos, lo cual excitaría estas amargas. Todos lo vemos a diario, ¿verdad? Un escozor en nuestra conciencia de justos o un roce de melancolía nos arruga entonces el cristal del alma, y alentamos el impulso justiciero y hasta llegamos a protestar con el artículo reparador.

Pero he aquí que muy pronto sufrimos, nosotros también, la ciega inclinación al abandono del unguido. No queremos repasar sus libros ni aun nos atrae su volumen reciente. Como si aceptáramos ya que la consagración traiga tras de sí la indiferencia, dejamos decaer nuestro fervor, lo sentimos decaer sin remedio, y continuamos nuestro camino en paz, y aun, íntima e inconfesadamente, nos anima un algo consolador, una emoción muy cercana al regocijo. No sabemos qué atmósfera de más fácil esperanza ha hecho más libre y despejado el campo a los que todavía *vamos*.

Empero, el fenómeno es triste, puede aguardarnos como un turno hostil en el porvenir por el cual luchamos, y debe sernos advertencia.

Cualquier día publicaremos un libro más, cuando precisamente nos aureolaba más gallardo y engreidor el éxito, y un crítico dirá la frase terrible: «Con esta obra, que no desmerece de las anteriores, el autor no agrega sin embargo nada a su pa-

sada producción». O se quejará, como Ortega y Gasset de Anatole France, porque la prosa del maestro sea siempre «tan cuidada, tan alerta, tan picante»; porque su técnica perfecta permanezca «la misma»; y, todavía—¡oh necesidad de justificarse!— porque no haya conquistado «un sentimiento nuevo», cual si fuera posible al hombre el hallazgo de un nuevo sentimiento o tan sólo cambiar su punto diferencial en la vida.

Esa hora llega con demasiada frecuencia. Y no valdrá entonces la presentación de un «caso» nuevo al novelista; no valdrá el cambio de tono y de metros, ritmos y rimas al poeta. Las renovaciones, a la postre, resultan disfraces, cambios de ánimo y no de individualidad. Se nos dirá, de todas maneras, algo traducible en este concepto rotundo: «Fulano se repite».

Y habrá injusticia en esto; habrá, por lo menos, inconsecuencia; pero en el fondo habrá razón; pues por mucho que variemos los temas y las formas, siempre repetiremos la personalidad.

El daño, entonces, ¿nos lo hacemos nosotros mismos? Yo creo que sí. Nos lo hacemos nosotros mismos causando una saturación del público sensible, inteligente, asimilador y entusiasta, cabalmente aquel que juzga y propaga.

Veámoslo.

Aparece un gran artista. . . Quiero concretarme a los grandes, para reducir el ensayo, y porque entre los extremos todo punto intermedio queda comprendido. . . Aparece, digo, un gran artista, y cautiva. Todos se dan a devorar cuanto publica. Su obra nos sacude, nos deslumbra, nos apasiona. La divulgamos asombrados en la charla, en el artículo, en la entrevista, en la conferencia. Empresarios, editores y periódicos se disputan su voz y su palabra fascinadoras. Se citan sus pensamientos; no se puede prescindir de él y se empieza a vivir con la propia sensibilidad realmente modificada por el sentir de aquel temperamento; concluye por formarse a veces en la sociedad todo un ambiente renovado; y «un día entre los días», sin advertirlo, todos nos hemos asimilado, cuál más, cuál menos, al ser extraordinario. Hemos incorporado a nuestras almas su alma, su lógica a nuestra lógica, los esquemas por donde discurre su pensamiento a la mecánica del nuestro; sus puntos de vista y las actitudes originales de su espíritu frente a las cosas de la vida vienen a sernos habituales, a pertenecernos también. Y ese hombre excepcional parece haber concluido de serlo. Su obra nos ha saturado y en lo futuro no conseguirá darnos el elemento primordial de seducción: la sorpresa. Cuanto nos pueda contar, lo esperamos, casi lo sabemos de antemano: quién sabe si muchos pasos vistos o vividos nos lo sugirieron ya. Ese hombre, pues, ya no nos interesa mucho, pasó, es viejo.

Nos señalará ese artista en adelante aspectos que quizás no había señalado, explotará temas que nunca explotó. No parecerán nuevos a nadie. Exhibido por esa mano, ningún singular ejemplo, ningún raro maliz reteñirán con energía bastante los espíritus, mucho menos conseguirán encenderlos.

Y él se tiene que sorprender con dolor cuando alguien, con el desdano de una mueca, escriba: «Con esta obra, que no desmerece de las anteriores, el au-

tor no agrega sin embargo nada a su pasada producción». O simplemente: «Fulano se repite». Porque él puede probar que no repitió un sólo pensamiento, una sola emoción, una sola sensación, una sola imagen; y es verdad. Pero... la personalidad se repite, y eso basta.

Ahora, ¿quién tiene la culpa de este abandono envenenador de tantas vidas gloriosas? ¿El artista, consciente de estar hablando de lo que jamás trató? ¿El público, sabedor por presentimiento de cuanto puede aquella pluma enviarle ya? Lo hemos anotado: sólo la *saturación* . Consumada ella, no veremos ya en el *nuevo libro del abandonado ciertos valores inéditos, o los distinguiremos apenas, oscura y flojamente, a través de una enervante bruma levantada por la saturación en nuestra atmósfera interna.*

Este daño, por suerte, no se lo hace para siempre el escritor que satura. Aun la intoxicación pasa. La obra deja en el ambiente el zumo perdurable, abono con que la raza madura gracias a sus ascendientes selectos. La justicia se equilibra al fin, la posteridad paga, devuelve. Sólo que esto ocurre cuando «el extraordinario» murió desencantado o se mantuvo preterido muchos años. Y en ello está cabalmente el drama, en esa gloria aventada, en el secuestro de esa dicha que una vez embriagó, en la esponja de hiel y vinagre estrujada sobre una vejez egregia y sola tras de tanta corte y tanta compañía.

No marchemos con los ojos puestos en la ruta de compañeros y maestros tan sólo por afán de emulación y competencia o tras la enseñanza estética y los medios para triunfar más o menos aprisa. Aprovechemos la advertencia. No sauremos.

Aunque hay casos en los cuales una personalidad muy original, muy diferenciada, poderosa y penetrante hace la saturación violenta y acaso inevitable, he podido yo discernir que el pecado de los grandes artistas de perdido favor y felicidad rota consiste, excepto algunos ejemplos de decadencia por vanidad o agotamiento, en haber sido ellos muy fecundos y no haber graduado las entregas de su personalidad. Ante el monstruo cariñoso, entusiasta y aclamador, pero de asimilación pronta y tedio fácil, ha de emplearse la prudencia, y aun la maña, y la malicia. Por la defensa del mañana, por no malograr esa dicha tras la cual vamos hoy, midamos el paso, sopesemos la colaboración en los periódicos, calculemos avaros las dosis que de nuestras almas vayamos esparciendo a los vientos de los hombres.

Siempre resultará preferible ser echado de menos y que, si alguno quedó hechizado por un libro nuestro, nos anhele mucho tiempo la nueva palabra y se lamente y suspire ante nuestro callar. No dure nuestra vida más allá de nuestra gloria. Rehuyamos la consagración veloz. Consagración, ya lo sabemos, suele llamar el público analista y dirigente a su manera de cancelar con nosotros. Aun cuando fanatizamos al lector, el enemigo «saturación» socava escondido y sigiloso. ¡Ay de aquel a quien se le llegue a presentir qué le resta por decir en lo futuro! El crítico capaz de usar su juicio como instrumento de precisión y de juzgarnos *dentro del tiempo* las realizaciones y las posibilidades no siempre recuerda con oportunidad esta «cuarta dimensión». Es, además, un hombre de

talento; y no se equivocaría tal vez quien dijera: el talento se mide por la capacidad de aburrirse.

Un amigo novelista me ponía en una carta frenética: «Usted en su tierra y yo en la mía, tenemos que lanzar muchas novelas, compañero». Otro me hablaba así: «Conviene que nuestra firma esté siempre bajo los ojos del público. Es olvidadizo y nos deja por los más trabajadores». Aparte de que trabajar mucho no significa mucho prodigarse, prefiero que la saturación de mis lectores se cumpla un poco después de extinguidos mis días sobre la tierra.

No esperemos una suerte excepcional. No la espere tampoco el genio. Antes bien, al genio de la obra, añádase el genio de la dosificación. El público, como inferior al genio, es vaso por lo mismo fácil de colmar y desbordar por él.

Yo, tan distante del genio, en cada ocasión que alguien me dice: «Quiero buscar todas sus obras», deseo fervientemente: «¡Ojalá sólo encuentre una o dos!, y tras de mucho ansiarlas, tras de una prolongada distracción de su espíritu por escritores diversos». Disfruto así, además, de otro beneficio: la alegría ante la buena obra de mis compañeros. Ellos, triunfando, llenan los espacios en que debo dejar al público descansar de mí; y yo, en retorno, recibo con amor sus éxitos y me ennoblezco deseando a muchos el triunfo.

Dura demasiado la vida del hombre si se mide por el cansancio de quien recibe sus libros. ¡Cuántas veces, al morir un gran poeta, se ha dicho en su elogio: «Hasta supo morir a tiempo!»

Y otros nombres afluirán a vuestra mente ahora—os estoy leyendo el pensamiento—engarzados en este cálculo: «Si se muriesen hoy, saldrían ganando, se salvarían de la saturación, que ya para ellos empezó y avanza».

Hay todavía la saturación de sí mismo. La eterna queja de «el dolor de pensar!» no es sino una forma de autosaturación. Nuestra tendencia espiritual, el conjunto de nuestras inquietudes peculiares, el procedimiento acostumbrado en nuestro propio discurso nos impregnan, nos hastían, nos pesan como el pecado original. Constituyen nuestra personalidad, que ha de repetirse por fuerza más que otra alguna. Precisa hallarse muy vendado por el orgullo para no cansarse en cierta hora de sí mismo. ¿Nunca os llenó de tedio insufrible vuestra voz escuchada de repente en la conversación?

Sí; el fruto del árbol de la ciencia ejerce su maldición dentro del yo, sólo allí se trueca en el dolor de pensar y saber. Si lo buscamos allá adonde no va nuestro pensamiento, si lo miramos en una máquina moderna, por ejemplo, en la prensa casi pensante del periódico, nos subyuga por asombro. Ya no es ponzoña maldita de la Serpiente; es don bendecido de Dios.

Todas estas novedades estridentes del arte ultraísta acaso hayan nacido del exceso de producción realizado en nuestra época.

La fecundidad sin cautela, creámoslo, deja de significar virtud desde el momento en que a unos lleva al hastío y a otros al dolor de sentirse preteridos. No hagan caso los niños al papagayo profesor de literatura, que saca su eterno ejemplo de aquel gran majadero cuyas obras «en menos de horas veinticuatro pasaron de las musas al teatro». Sólo somos, a la postre, el autor de uno o

dos libros. A Lope no le debemos sino «Fuente Ovejuna». Y la mucha fecundidad representará un valor—y relativo—en vuestro provecho, acaso únicamente después de vuestra muerte, cuando os juzguen sin el temor de que volváis a hablar. . .

Bien; paradojas aparte, no escribamos sino cuando realmente tengamos algo que decir, y, además, cuidemos de llevar nuestra producción al público más bien alargando el camino, como alarga el buen amador el placer de su doncella. Llegar a los sesenta con una gloria mustia y caducada, equivale a andar con nuestro cadáver a cuestas.

Y cuando resuene en nuestros oídos el alerta de que la fecundidad incauta y prodigada con vehemencia tiene triste el mañana, no nos empecinemos en buscar un acomodaticio y consolador mentís. Nos encariñamos con la producción numerosa, una lista nutrida de libros bajo nuestro nombre nos halaga, seduce y engríe; mas todo ello es traición del sentimiento. Hace falta siempre un poco de dureza cerebral sobre las blanduras del corazón. ¿Acaso la realización de nuestro arte no nos ha enseñado que se da eficacia al sentimiento aliándolo con un poco de cerebro, tal como en la buena moneda se ha de mezclar un metal duro al oro fino?

El corazón sin disciplina nos pierde, se destroza con sus propias fuerzas. Y estas fuerzas—no lo olvidemos—se saben colocar en segundo término para gobernar a su sabor el juego. Disimulándose, operan sobre la imaginación, la conducen al logro de razonamientos gratos. Pero debemos relacionar los actos con sus móviles genuinos, ponerlos frente a sus causas originales y medir sus consecuencias difinitivas.

Así andaremos seguros y andaremos lejos, fecundos pero felices.

Y hay tiempo para todo, nos recordó Darío:

«Ya nos lo dijo el Eclesiastés:
tiempo hay de todo: hay tiempo de amar,

tiempo de ganar, tiempo de perder,
tiempo de plantar, tiempo de coger,
tiempo de llorar, tiempo de reír,

tiempo de rasgar, tiempo de coser,
tiempo de esparcir y de recoger,
tiempo de nacer, tiempo de morir».

EDUARDO BARRIOS.

Santiago de Chile, Junio de 1925.

Enrique Molina.

Psicología de los libros



O te contemplo, oh libro, como cosa inerte, muerta, fósil; como fajo de simples hojas descoloridas y pálidas manchadas de tinta. Pensando en tí y conviviendo en tus infinitas significaciones, me acerco a tí en estos momentos en que te aparto del ajeteo corriente, me acerco rendido de veneración y queriendo tener en las manos delicadeza de mujer amorosa para tocarte.

Eres suprema invención del alma en su ansia de vida. La fuerza creadora de la psique, para sobrevivir al cuerpo que la sustentara, se hizo línea y color en la pintura, se hizo relieve en la escultura; en busca de inmortalidad, se infundió como forma luminosa en la materia. En tus páginas se hizo verbo, oh libro, y eres cartel de desafío lanzado a la muerte por la inteligencia.

Eres estuche santo y perfumado en que se guarda el espíritu humano; eres caja de música de notas dormidas, que basta acercarse a ella y abrirla con amor para que vuelen en coro a colmar el alma que las llama.

Libros son asimismo los modestos registros del pasar de los seres por la tierra, los únicos recuerdos de los seres anónimos y oscuros que forman la casi totalidad del rebaño humano. Nació. Se casó. Murió. Queda estampado en las amarillentas hojas de esos pobres libros. Y adelante, adelante.

Pero hay libros espurios y desgraciados. Así como una cortesana puede tomar la cándida túnica de una joven pura, como tras el hábito sacerdotal puede esconderse un hipócrita, o dentro de la toga del patriota, bullir un histrión, así hay libros que revisten los severos lineamientos de la historia y de la ciencia para mentir; los austeros de la moral, para calumniar y difamar. Cuántos libros escritos para halagar a los poderosos. Cuánto sofisma gastado en defender intereses de clases o de sectas.

Hay libros que, cubriéndose con el manto del arte, explotan la más funesta sensualidad. Libros que prostituyen las sagradas formas del espíritu, y cuyos autores, despreciables mercaderes, olvidan que escribir debe ser el ejercicio de un santo ministerio de verdad, belleza y gracia.

Hay también libros insulsos e ingenuos. Hasta los almanaques son libros.

Que de naderías se han escrito sobre el misterio del más allá, desde el Libro de los Muertos de los antiguos egipcios, hasta los modernos manuales de devoción.

Mas, existe tanto libro bueno, que no vale la pena detenerse en esa florecencia morbosa del extravío, de la maldad, o de la candidez.

Pero, cuidémonos de colocar entre las obras proscritas a los llamados libros prohibidos. La prohibición que cae sobre determinados libros y autores es obra de una autoridad dogmática celosa de mantener la intangibilidad de sus dogmas, de una autoridad que se cree poseedora de toda la verdad y condena cualquiera nueva creación de la inteligencia. Esta actitud, que apenas se toma en cuenta por lo demás, implica la negación de la vida del espíritu humano, que, por su naturaleza, debe fluir en una renovación constante. Los libros prohibidos son generalmente de aquéllos que, al decir de Schopenhauer, escribe el autor con su sangre, esto es, con la médula de su más honda sinceridad. Los libros vulgares y meramente pornográficos e inmorales no son prohibidos. Muchos grandes autores sí. De nuestro tiempo, figuran en el índice Víctor Hugo, Renán, Anatole France, Bergsón, Maeterlink, y cuántos más.

Menos mal que la persecución suele limitarse hoy día a esa inofensiva medida de bibliotecario meticuloso. No hace muchos siglos, un buen libro podía costarle la existencia a su autor. Realizar, obedeciendo a un imperativo irresistible de la vida o a la necesidad de darle un sentido superior, realizar el noble anhelo de proclamar la verdad o atacar la injusticia, exponía a su temerario autor a ser quemado en la hoguera, a que le cortaran la lengua o a otros suplicios semejantes.

En nuestro tiempo, los hierofantas se contentan con el índice. A veces llegan, para castigar con el hambre al culpable, a privarle del mezquino empleo en que vive.

Benditas sean las víctimas del pensamiento, bendita y sagrada sea para nosotros su memoria, por habernos legado la libertad de que gozamos, por habernos legado el acervo que constituye el tesoro espiritual de la humanidad; benditos sean los que luchan a costa, a veces, de cruentos sacrificios, por acrecentar esa riqueza estelar que constituye el más precioso guía del hombre en su deambulación por la tierra.

* * *

Sala amplísima y alta, con honores de templo. El piso cubierto de planchas de goma u otra sustancia blanda en que las pisadas se desvanecen en silencio. Alrededor, estatuas, bustos y cuadros de hombres representativos en las letras, las artes y las ciencias. Mesas convenientemente dispuestas para comodidad de los lectores. En las empinadas paredes alargados y elevados ventanales de donde se cierne la luz y adonde vuela la vista, arrastrando tras de sí, a veces, al pensamiento en una enseñanza placentera, mezcla de quietud y de divagación indefinida.

Es la sala de lectura de una gran biblioteca. En departamentos adyacentes, se hallan los libros, miles y centenares de miles de libros, clasificados en anaqueles de hierro.

¿Es una biblioteca algo más que un panteón de ideas muertas? ¡Ah no!, las ideas no mueren. Aun las apartadas como errores manifiestos no se hallan completamente muertas, porque nos hacen sonreír al pensar en la tragicomedia de la inteligencia en su penosa ascensión hacia la verdad. Ya no creéis en brujos, en hechiceros, en maleficios, en que los pobres epilépticos sean poseídos de demonios. Sin embargo, esas creencias muertas os evocan los dolores de una humanidad pasada y os hacen confiar en las fuerzas del pensamiento.

En la tranquilidad augusta de su espiritualidad, las ideas no necesitan removerse para tener vida. Parecen dormir, y ni siquiera dormitan. El espíritu se basta a sí mismo y no ha menester ostentar su vida para que sea intensa. Esperan las ideas y los sentimientos atesorados en los libros que un alma se incline devota a evocarlos, para derramar sobre ella el rocío de su bendición.

¿Veis ese joven que en un rincón íntimo de la biblioteca, estrechando sobre sí mismo un libro a medio cerrar, sueña, sueña, la mirada perdida en la altura, disimulando la emoción que lo embarga y deteniendo talvez una lágrima? Quizás tiene en sus manos a *Werther*, y los sufrimientos del desgraciado amante le han apretado el alma; quizás ha conocido el sacrificio enorme de *Cyrano*, y un sollozo le ha anudado la garganta.

¿Veis ese otro mancebo que ha cerrado momentáneamente el libro que leía y bajo la quietud de su abstracción se nota la iluminación de sus ojos, la inspiración que lo exalta como un relámpago interior? Quizás ha recibido en su pecho la noble irradiación de los héroes de *Corneille* o de *Carlyle*, de una nerviosa y enhiesta página de *Emerson*, o se halla deslumbrado y confortado con el delirante amor a la vida de *Juan Cristóbal*; quizás, también, lo ha quemado la chispa incendiaria de un libro rebelde y se siente caballero de la justicia, capaz de temerarios arrestos para barrer la iniquidad del haz de la tierra.

Una biblioteca no es un panteón de ideas muertas. Es el hogar hospitalario del estudioso y único refugio donde el estudiante pobre puede saciar su hambre de saber. Lugar propicio para el trabajo intelectual, pradera de límites dilatados, donde la mente joven, febril, inquieta y confiada incuba mundos, donde el pecho adolescente se ensancha, forjando heroísmos y abnegaciones infinitas, donde el corazón sediento de renombre cifra la inmortalidad en la confección de un libro definitivo y glorioso.

¿Qué no se encuentra en una biblioteca? El trasunto de toda la tragedia, de toda la comedia, de toda la gloria humana está ahí. Hallaréis en ella desde lo ideado por el hombre para encontrar a Dios, para cogerlo, hacerlo inteligible, adorarlo y humanizarlo, hasta el escarnio, la burla o la duda, desesperada en ocasiones, tranquila a menudo, de los que no han podido hacer otra cosa que negarlo. Hallaréis todas las representaciones del mundo y de la vida concebidas por la mente, las rutas fantásticas trazadas por la ciencia y la imaginación en el espacio, las prodigiosas cazas de la luz, las zabullidas estupendas en los

misterios del ser, las concienzudas recetas para mejorar y perfeccionar nuestra existencia, las fantasmagorías caprichosas con que se ha poblado el tiempo de ultratumba. Hallaréis la principal huella que van dejando las tribulaciones de los hombres, sus cantos jubilosos del amor y la esperanza, sus trinos de dolor, de angustias, de anhelos insaciables. Además, cuánta nota ingenua y alegre a la vez. En las páginas de los libros descansan todos los materiales con que levantan los niños los palacios de hadas y al calor de esas leves hojas duermen también su sueño secular las princesas encantadas: el alado y benéfico mundo infantil. En otros libros resuena la risa fresca con que el humor de los hombres fustiga, acompaña o se hace perdonar (no se sabe bien lo que es) sus propias ridiculeces y flaquezas.

Una biblioteca particular tiene, además, un carácter que le es propio. Una pequeña biblioteca de pocos miles o cientos de volúmenes, que pertenecen a una persona o a un grupo reducido de personas encierra algo de íntimo. Los libros han sido elegidos, atendiendo a determinadas afinidades o finalidades de un dueño. Forman parte de la familia; a veces constituyen su única familia o sus mejores amigos. Cuántos son entregados a seres queridos como un mensaje silencioso de dilección, de afecto, de amor que no se confiesa de otra manera, y tornan pasados de perfume, a regalar por un instante un alma atormentada. Cuánto se siente en otros casos la pérdida de los que no vuelven o a los que regresan mutilados, deshechos, con el rostro estropeado por haber ido a cumplir como buenos su vocación de misioneros de la verdad, de la virtud, de la belleza, entre bárbaros que no han sabido tratarlos. Cuántos son confidentes de las penas y alegrías del corazón que mora entre ellos. En no raros casos conservan por meses y años entre sus hojas fieles flores disecadas: de improviso reaparecen éstas y evocan horas ya olvidadas que embargaron el alma con un afán supremo.

Con sólo el nombre de sus autores, los libros *hablan a su dueño desde su refíro*. Son cual cuerpos inválidos henchidos de vida interior que invitan con la claridad de la mirada a ratos de charla espiritual.

Plutarco es como el héroe epónimo de sus propios héroes. Nos parece recibir de Epicteto el bálsamo perfumado de su renunciamiento sin límites. Guyau y Michelet encienden lampos de luz idealista. ¿Y Voltaire? ¿Su risa, su sarcasmo? Esto es muy sabido; pero fué, además, un trabajador enorme y un admirable estilista. Anatole France y Eça de Queiroz nos recuerdan sus enseñanzas, bañadas en benévola ironía. Baroja nos grita su evangelio de energía y acción. Tolstoy y Zola, Balzac y Galdós nos evocan sus proteicas epopeyas, sinfonías gigantescas, donde han resonado todas las notas del clamor humano. Detrás de Dostoyewsky, se agitan las muecas de su tabladillo de atormentados, degenerados y *detraqués*. Cuánta dulce humanidad exhala la figura de Dickens. Dewey nos indica confiado el verdadero camino del porvenir con gesto de sabio maestro.

Hay millones de millones de libros, y día a día se imprimen miles más. Es verdad que en este océano de papel predominan los libros malos. Sin embargo, los buenos son bastante numerosos para que—dejando aparte los que se refieren a especialidades profesionales y técnicas—, alcancen a ser leídos, ni siquiera en

una mínima parte, por un hombre. No importa lo laborioso que sea ni lo larga que supongamos su vida.

Nuestras facultades son sumamente limitadas. De aquí que significa una deplorable pérdida de tiempo no sólo leer libros malos, sino libros estultos, ya sean novelas o poesías desprovistas de mérito, o tratados de ciencias, historia y filosofía que no den garantías de seriedad.

No todos los libros se pueden leer tampoco de la misma manera.

Dejemos, en primer lugar, aparte los diccionarios, enciclopedias, historias universales y grandes tratados científicos. Representan estas obras una labor venerable, y de ellas no se puede prescindir en ninguna biblioteca; pero son sólo libros auxiliares y de consulta.

Luego vienen los libros que se leen íntegramente por motivos profesionales, de estudio, de investigación, o por gusto. Se ha recomendado *con razón*, como buen método, reflexionar por sí mismo sobre los temas que se van presentando en el libro antes de iniciar su lectura. Constituye éste un excelente ejercicio para el desarrollo del espíritu, darle confianza en sus recursos, estimularlo a la creación propia y sustraerlo a la pasividad que suele traer consigo el hábito de leer.

De los libros que se leen íntegramente, se entresacan los favoritos, los que van a ser los compañeros y sostenes de la vida. Quien ha elegido a los filósofos hindúes, a la Biblia, a Platón, o a Marco Aurelio; quien a Homero, al Dante, a Cervantes; quien a Montaigne o Corneille, a Shakespeare o a Goethe; quien a Rodó o a Nervo. Un pedagogo alemán muy erudito buscaba consuelo en sus horas de abatimiento en los clásicos griegos; se reponía leyendo una oración de Demóstenes o un capítulo de Tucídides en el original. Nuestra Gabriela Mistral prefiere los profetas hebreos y los sombríos escritores rusos. Cada libro sirve según las predilecciones del que lo ha escogido, sirve para suscitar en un pecho humano horas de tranquilidad, de deleite, de fervor interior.

* * *

Mas, es menester precaverse de la cultura meramente libresca. La función intelectual es una marcha hacia el descubrimiento y posesión de la verdad; la erudición, una manera de entretenerse en el camino para no llegar nunca al término de la jornada.

La vida misma es el único taller donde este proceso llega a consumarse de un modo acabado. Para caminar por los propios pies, hay que botar las andaderas.

El pensamiento se ejercita pensando por sí mismo. Las investigaciones originales sólo avanzan aplicando la observación a las cosas y a la realidad. El amor, salvo geniales excepciones, sólo se conoce amando.

Si buscas, joven, saber del dolor humano únicamente por medio de los libros, puedes no pasar de ser un rebelde pasivo o extraviado, un indolente, un intelectual abúlico, un egoísta, en suma. Baja a la realidad a ver qué heridas

eres capaz de restañar con tu palabra y tu bondad, y enriquecerás tu corazón y tu criterio.

De esta suerte, los libros se tornan en auxiliares, nada más que auxiliares, aunque preciosos en verdad. Se tornan despertadores de la mente para que cada cual desenvuelva su tesoro interior como cinta espléndida cuya magnitud siempre se ignora antes de ponerla a prueba. ¿Quién que se haya puesto a meditar detenidamente sobre un asunto que no ha sido sorprendido al descubrir en su propio escondida mina de hallazgos espirituales imprevistos?

* * *

Sin embargo, en las encrucijadas de la experiencia suelen pescarse cruentas sorpresas.

¿Dices, joven, que la vida te ha golpeado hasta hacerte manar sangre, hasta dejarte extenuado?

Has tomado lo de la escuela de la vida en mal sentido. Tal vez has creído, como tantos, que el filtro del alcohol esconde los secretos de la dicha y de la hombría; tal vez te han arrastrado las falaces promesas del azar; tal vez la pasión ciega te ha llevado a aplacar la sed de amor en la fuente impura del amor comprado.

Sin el dominio de sí mismo, la vida es una vorágine erizada de peligros. Por lo demás, hay cosas que es menester resignarse a no conocer por experiencia propia. Las tenebrosidades de la hampa, del crimen, de la prostitución y del vicio no puedes, sin daño grave de tu ser entrar a conocerlas como actor. Aun es cuestión de suma discreción elegir los libros en que estos asuntos puedan ser estudiados, no por curiosidad enfermiza, sino como problemas psicológicos y sociales.

Si la vida te ha arañado, joven, vuelve a tus libros. ¿Dices que los hombres han hecho escarnio de tu buena fe, que te han calumniado? ¿Dices que te han mentido las mujeres y que vives enloquecido por la obsesión de ellas?

Vuelve a tus libros. Es verdad que a veces cada libro es un nuevo engaño. Pero esto ocurre porque le pedimos demasiado, más de lo que puede darnos. Solemos abrir el libro con la ilusión de hallar en él la clave de la vida y el surtidor definitivo que va a calmar la angustia en que consiste el vivir. Cerramos el libro, y la angustia no ha pasado. Leemos otro, otro y otro más, y siempre lo mismo. ¡Ah! pobres libros; puestos en este trance, son, como la más alta música, voces lanzadas por el hombre en su desolación en demanda de un eco que responda desde el vacío sin término, haz de luz arrojada para colmar y alumbrar las infinitas sombras circundantes. Pero las sombras, aunque disminuidas en el dintorno inmediato, persisten siempre y son impenetrables en las lejanías metafísicas. No pidas a los libros lo que no puedan dar y vuelve a ellos dentro de la limitación estoica que es el lote de la humanidad. No tienes otra cosa que hacer. Vuelve como quien se acerca a un espíritu humano y apacible; vuelve a los que hablan de las tristezas y vanidades humanas, a los que hablan

de modestia y confianza en sí mismo, a los que hablan de relativa verdad resignación y amor. Vuelve tus pasos al rincón de tus libros queridos, y espera ahí un poco de reposo. Puede tardar en llegar; pero llegará. Quién sabe si de alguno de los libros se desprende un alma dolorida y austera, el alma de algún hombre que haya sufrido mucho, se pone junto a tu corazón, lo oprime en dulce y confortable presión consoladora y, recordando la que fuera su divisa en la vida, te musita al oído: «Sepamos hacer del sufrimiento manantial de alegría».

Mas, si las paredes de tu cuarto te abruma y te ahogan dentro de ellas, toma lo mejor de tu biblioteca y sal afuera. Corre a la orilla del mar o anda al bosque vecino. ¡Oh! en plena naturaleza, acariciando en las manos un libro querido. En la ribera del mar sano calor de renovación te envuelve. Los rayos solares, millares de saetas sutiles, penetran tu cuerpo y emprenden carreras jubilosas por tus venas, arrastrando a la sangre en una embriagante ronda de primavera. La plenitud de la luz te deslumbra. El astro generoso se refleja en las aguas hasta no permitirte mirarlas. Océano de luz. El mar te envuelve en aires salinos que ensanchan tu pecho. El mar ilumina tu frente. Son esfluvios de su inmensidad misteriosa, son destellos de la fosforescencia que saca de sus entrañas para alumbrar con llamaradas alegres sus horas de tinieblas.

O sube al monte que domina el mar. Sobre la accidentada crestería de los pinos verdinegros, el diáfano azul del cielo sabe a gloria. Los eucaliptos esbeltos y próceres ofrecen a tus pisadas el regalo de sus semillas de olor punzante y saludable. Los aromos desgranar sobre tu cabeza la lluvia de sus florecitas áureas. Ellos y los pinos te hacen la merced de sus esencias bienhechoras que comunican algo de la calma de que gozan.

Has llegado a la cumbre. Las colinas esmeraldas se dilatan redondeadas hasta perderse de vista, orladas aquí y allá por manchas oscuras de pinos. El cielo puro, cifra de lo infinito, se extiende sobre ti como un fanal azul único. El río, a lo lejos, ancha lámina de plata, espejo inmóvil, parece no avanzar, y forma a su derecha un suave meandro, como resistiéndose a entregarse al mar.

¡Oh! en plena naturaleza, con un libro querido en las manos. Has leído una página de tu libro predilecto.

¿No sientes que se rasgan las sombras que gravitaban sobre ti y que se esponjan en tu interior senos ignorados de bienestar?

¿No sientes que ráfagas de espíritu divino te eligen como morada en su circulación universal? ¿No lo sientes?

Con retazos de la naturaleza y con retazos del libro teje el alma humana el velo de su siempre incompleta filosofía. Espera ser atormentado; quizás esta vez la naturaleza y el libro hilarán en tu pecho por lo menos un blando copo de paz.

ENRIQUE MOLINA.

Delmira Agustini continúa subyugando aún de muerta. Suicida u occisa,—no se sabe a ciencia cierta cuál fué su fin trágico,—desapareció de esta vida a los 24 años, cansada de haber paseado su belleza, su originalidad y su bohemia, por todos los sitios nocturnos de Montevideo. «Fiera de amor, —cantaba, —yo sufro hambre de corazones». Desgranó sus versos por los cafés de mala muerte e impresionó hasta el amor loco con su excentricidad y sus actitudes hieráticas. Dejó un libro: LOS CALICES VACIOS, al cual alcanzó Rubén a coronar con un PORTICO en que predice: «va a asombrar a nuestro mundo de lengua española».

Por ahí musita la Agustini:

«Sé mi bien o mi mal, yo viviré en tu vida
Yo enlazo a tus espinas mi hiedra de ilusión. . .
Seré en tí una paloma que en una ruina anida;
Soy blanca, y dulce, y leve; llévame por la Vida
Prendida como un lirio sobre tu corazón!»

No logró satisfacer su ansia, al parecer. Y acaso algún día ansió ella otra cosa. Al juzgarla, alguien ha escrito: «Era demasiado artista para conformarse con el amor de un solo hombre». Quizá. En todo caso, —tardía compensación—somos tantos hoy en querer su sombra y en admirarla! Visitar su sepultura fué uno de los motivos que a mí, por ejemplo, me llevó hasta Montevideo. Y cuánta pena da ver que ni una flor, ni una inscripción, ni un sauce, ni una cruz, ni su nombre, siquiera, indique que ahí está aquietada para siempre la bella rebelde. En uno de los grandes nichos corrientes incrustados en el muro, comunes a todo cementerio, se lee únicamente esto: «Familia de Santiago Agustini». Reposan ahí madre e hija. «¡Cómo es posible!» —reirimino al sepulturero. —«Fué suicida la pobrecita» —me contesta. «¡Qué suicida ni qué nada!» —exclamo indignado. «Para sentirse honrados con el talento que tuvo, para revestirse del prestigio intelectual de que ella les dotó, ¿recuerdan Uds. que Delmira Agustini fué suicida?».

• Y mi alma lamenta no poder protegerla,—aislándola,—como en morada exclusiva para ella.

Más joven aún que la Agustini—29 años, hoy,—es Juana de Ibarbourou, moza palpitante de arrebatos panteístas y líricos. Enamorada a los 17 años, dedicó Juana Fernández sus primeros versos a un militar, al Coronel Ibarbourou con quien había de casarse luego, desgraciadamente; y digo desgraciadamente, prescindiendo en absoluto de la felicidad de ese matrimonio de cuyas dulzuras he sido testigo, y sí, considerando solamente cuántos bienes hubiera obtenido la literatura americana de los dolores o contrariedades de la Ibarbourou. Puede ser, en efecto, que no haya sido original y sí nada más que espontánea, para contarnos o para cantar el sabor de las horas felices; y no así, por cierto, a propósito de momentos de duda, de ansia, de espera, que le han dictado frases quemantes y sentidas cual el nombre arrasador de uno de sus volú-

menes poéticos: LAS LENGUAS DE DIAMANTE. Libro pagano, helénico. Una de las composiciones reza:

Cierva,
que come en tus manos la olorosa hierba.
Can,
que sigue tus pasos doquiera que van.
Estrella,
para ti doblada de sol y centella.
Fuente,
que a tus pies ondula como una serpiente.
Flor,
que para ti sólo da mieles y olor.
Todo eso yo soy para ti.
Mi alma en todas sus formas te di.
Cierva y can, astro y flor,
agua viva que glisa a tus pies,
mi alma es para ti,
Amor!

En seguida de LAS LENGUAS DE DIAMANTE, Juana de Ibarbourou ha publicado un tomo en prosa: «El Cántaro Fresco», nombre el más atinado; y, hace un año, otro volumen en verso: RAÍZ SALVAJE, ante el cual Eduardo Barrios, en crítica aparecida en «La Nación» de Buenos Aires, se ha interrogado, acaso con razón: «¿Se entristece Juana Ibarbourou?» Barrios la encuentra recogida en cierta tristeza que comienza ya a diferenciarla de su pasada alegría de cascabel.

Menos festiva que la Ibarbourou de «Las Lenguas de Diamante», de menor encanto lírico y arrebatador, es la joven Luisa Luisi. Parece estar tocada de cierta filosofía y, además de poetisa, es crítico nada vulgar. Yo oí a Luisa Luisi dar en Buenos Aires una conferencia sobre la obra de Enrique González Martínez, el mexicano conocido nuestro, ante el propio González Martínez. Espectáculo curioso: el vate azteca asistió a la consagración de su monumento espiritual. Dió Luisa Luisi qué pensar a sus oyentes, cuando más o menos dijo: «Mientras los poetas se espiritualizan—González Martínez, Rabindra Nath Tagore, Maeterlinck, Amado Nervo,—las poetisas experimentamos el más íntimo placer zambulléndonos en la sensualidad». A ellas, a las ebrias de sensualismo, no las nombró; pero no hay duda de que Luisa Luisi tenía muy presentes a las de casa, Agustini, Ibarbourou, y que al censurarlas, aunque fuere sólo al pasar y levemente, es porque no piensa imitarlas. Dará, seguramente, esta joven a su obra de mañana un tono menos fresco, acaso, que el usual entre las poetisas orientales; menos femenina, será talvez más recia y más lógica; será quizá *un poeta*, antes bien que una poetisa. Y en manera alguna será efímero nada de cuanto firme.

EUGENIO LABARCA.

Pío Baroja y los Latino-Americanos



El conocido escritor español Pío Baroja les tiene mucha ley a los latino-americanos.

En su libro «Juventud-Egolatría» los trata, si mal no recuerdo, de idiotas o poco menos.

En el que puede parecer continuación del anterior, intitulado «Las Horas Solitarias», vuelve a la carga.

¡Qué actitud más antipática, más de incompreensión de las necesidades de nuestra raza, más insensata!

El señor Baroja necesita arremeter contra alguien, vive arremetiendo contra alguien. Suelo pensar que de este razgo de su carácter provenga parte de su influencia como escritor. Nada más cándido que imaginarse la acción de un escritor como la resultante de un valor real. ¡Ah no! Con los escritores suele pasar lo que con la gente mal humorada en sociedad. Los de mal carácter, los regañones, los que lo encuentran todo malo se imponen. Son matones. Es la aplicación de la conocida manera de elevarse a sí mismo rebajando a los demás: pobre manera si se quiere.

Algo semejante pasa en la vida literaria, y mucho de esto se encuentra en el señor Baroja. En su mencionado segundo libro descarga, como he dicho, de nuevo, sus iras sobre los americanos.

«No son capaces, dice, de crear una Universidad especializada, ni de tener grandes industriales, grandes inventores o grandes ingenieros, ni de lanzar una utopía al mundo; son negociantes en pequeño, y cuando quieren hacer algo espiritual, hacen versos o escriben una sociología traducida del francés. Están a la altura de lo peor que hay entre nosotros: del señorito».

Después de esta insolente petulancia, sigue:

«Los escritores americanos ven que España se les va, se les escapa, que irá haciéndose cada vez más europea, más desligada de América».

Nosotros creemos señor Baroja, que la salvación de la raza ibérica y del idioma castellano se encuentra en esta vigorosa tierra de la América Latina.

«Nosotros, no sé si muchos, pero al menos algunos que creemos tener una idea aproximada de lo que es España ante la cultura universal y de lo que podría haber sido, quisiéramos hacer la experiencia de la raza libre de los factores que han sido su ruina: el catolicismo y América».

«A estos americanillos les asombra y les molesta que en España pueda haber gente audaz, capaces de sobrepasar sus ideales. Ellos creen que con la República y la Democracia y cuatro o cinco cantatas latino-americanas, con las que nos están aburriendo desde hace muchos años, han llegado al término de todas las posibilidades. Y en esto se engañan. Nosotros, los españoles, podemos ser ignorantes y viejos (y groseros podía haber agregado); pero muchos estamos dispuestos a dar un salto hacia el porvenir con todas nuestras fuerzas».

¿Qué lástima de energías tan mal empleadas y disparadas con tanta ignorancia y desacierto! ¡Cuánta estultez! Y éste es uno de los valores de la contemporánea literatura española.

Nuestra revista cree de su deber hacer al señor Baroja un alcance en su primer número.

El señor Baroja no conoce a los Hispano-americanos o juzga de todos por algunos tipos que habrán llegado rodando quién sabe de qué manera a Madrid. Aunque entre estos envió a España la América Latina, para hacerle el don de que renovara la poesía castellana, al insigne Rubén Darío. De entre estos americanillos tan denigrados, salió el espíritu que no había sido capaz de producir la península para que desentumeciera las alas de su verbo lírico.

Además de ignorante, el señor Baroja se halla sumamente atrasado en sus ideales con respecto a nosotros. ¿Usted y algunos más, señor Baroja, querrían hacer el ensayo de una España sin catolicismo y sin América?

¡Ah! señor Baroja, qué lamentablemente atrasado está Ud!

Esas mismas ideas, invertidas en la forma que a nosotros corresponde, se han venido sosteniendo en este continente desde hace ochenta años. Generaciones enteras de latino-americanos del pasado siglo han renegado de que la América haya sido conformada por esas dos lápidas de su génesis social: España y el Catolicismo. El ensayo que Ud. quiere tentar ahora en su patria lo lanzaron como un ideal a los cuatro vientos, hace más de medio siglo, escritores de estas tierras.

Usted, señor Baroja, no es en esta materia más que un retardado epigono de nuestros José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao.

Y lo que es más. Lo que ha sido posible realizar dentro de las condiciones del determinismo histórico se ha realizado entre nosotros, por lo menos en lo que respecta al único ideal de los apuntados que vale la pena de ser tomado en cuenta. En muchos de nuestros países se ha establecido la separación de la Iglesia y del Estado, con lo que se han quitado al catolicismo los inconvenientes derivados de su carácter de religión oficial y privilegiada. Y aun donde esto no se ha conseguido, reina una tolerancia muy apreciable.

En lo referente a nuestras relaciones con España, ¡qué atrás hemos dejado también al señor Baroja! Hemos dado a nuestros conceptos y sentimientos una amplitud de cuya importancia el señor Baroja no parece tener idea. No pensamos ya en una América sin vinculaciones espirituales con España. No necesitamos a España como modesto escenario donde ir a exhibir nuestras vanidades. Esto nos tiene sin cuidado. La solidaridad espiritual que preconizamos con España es un imperativo de civilización para el mejor aprovechamiento del gran tesoro del idioma común que poseemos, y para la mejor realización de los ideales de progreso y de nuevas formas de vida que aun pueda ofrecer nuestra raza a la humanidad.

Por lo demás, si las raras y cantonales ideas que sustentan el señor Baroja, y algunos más, según él, llegaran a triunfar, la única que saldría perdiendo con ello sería la misma España.

E. M.

“Labor educacional chilena en Arica”

POR ABRAHAM VERA YANÁTTIZ



AS informaciones que contiene este libro constituyen una de las mejores pruebas del resultado benéfico que ha tenido para Tacna y Arica la ocupación chilena. En ella se ven los nobles esfuerzos desarrollados por Chile para dotar a esa región de un sistema educacional que respondiera a las ansias de progreso manifestadas por sus habitantes, labor tanto más meritoria cuanto que contrasta con el musulmanismo del país que antes dominara en esa provincia.

Su autor, el distinguido pedagogo y culto escritor señor Abraham Vera Yanáttiz, ha logrado, con la sobriedad que la naturaleza del tema exigía, mostrar los rasgos esenciales de esa empresa que bien podríamos llamar cruzada civilizadora chilena en el antiguo territorio peruano de Tacna y Arica.

En sus páginas no hay literatura declamatoria, ni desbordes de petulancia patriótera, sino una exposición veraz y serena de hechos, guiada por el criterio amplio del educador que presenta la labor cultural de Chile en Arica como una experiencia interesante de política educacional chilena, antes que por el impulso afectivo del patriota que busca un título más para justificar los derechos de dominio de su patria sobre un territorio en litigio.

En realidad, el señor Vera Y., al informar acerca del desarrollo de la educación chilena en Arica, con sus ideales, instituciones, planes, métodos y resultados, nos proporciona una verdadera lección sobre la manera inteligente como un gobierno progresista puede implantar en una zona completamente atrasada un sistema educacional bastante eficiente con las ventajas consiguientes para el desenvolvimiento cultural, económico y social de los pobladores de esa región. Desde este punto de vista, el libro que nos ocupa significa un valioso aporte a la literatura pedagógica nacional y una contribución preciosa a la historia de la educación chilena.

La Universidad de Concepción

(BREVE RESEÑA DE SU LABOR)



El año 1919 debe fijarse como la fecha inicial de la existencia de nuestra Universidad. Es verdad que antes de este periodo el Comité que la ciudad de Concepción había designado para realizar la idea de la fundación de nuestro Instituto, logró sostener algunos cursos que significaban el deseo de probar con hechos realizados la posibilidad y la necesidad de crear la Universidad del Sur.

Pero estos cursos, por su brevedad misma y por su falta de continuidad, no podían constituir ese todo organizado y permanente que nuestra Universidad es hoy en día. El año indicado, como fruto de arduas labores de preparación, como resultado, ante todo, de la cooperación inteligente y generosa de los particulares e instituciones de la región austral del país, el grupo de personas que constituía el Comité pro-Universidad de Concepción pudo poner por obra el proyecto que tenía el compromiso de realizar.

En 1919 abrieron sus puertas a la juventud de esta extensa y rica zona del país los primeros años de cuatro Escuelas universitarias: Farmacia, Dentística, Química Industrial y el curso de Inglés de la Escuela de Pedagogía. En 1922 estas cuatro Escuelas funcionaban ya con sus años de estudios completos.

Grandes debieron ser el esfuerzo y la fe puestos al servicio de esta cruzada educacional durante estos años en que fué preciso crearlo todo, y crearlo en forma que respondiera a las exigencias de una moderna enseñanza superior. Si esta labor fué bien encaminada y si sus resultados efectivos respondieron a los ingentes sacrificios hechos, es una verdad que han tenido la nobleza de proclamar con entusiasmo todos los entendidos, profesores, hombres de gobierno, extranjeros ilustres que han tenido la oportunidad de conocer el estado actual de nuestra obra.

En los años de su organización, hubo de concretarse el esfuerzo principal a dar firme base material y administrativa a las escuelas universitarias que se han mencionado. Sabíamos que esta labor de educación profesional no podía ser la única norma por que había de regirse nuestra Corporación, a la cual queríamos imprimir el carácter de amplitud y de vastas proyecciones sociales que a los Ins-

tífutos modernos de cultura superior corresponde. Pero no era posible exigir ni esperar en un principio lo que nuestra Universidad ha ido realizando posteriormente y lo mucho que en estas actividades tiene el propósito de llevar a término en lo futuro.

Además de estas cuatro Escuelas, sostiene la Universidad una sección popular que funciona en Talcahuano. Esta repartición alcanzó en 1923 una matrícula de doscientos alumnos, escogidos por manera principal entre los empleados y obreros de esa ciudad que desean perfeccionar sus estudios en una Escuela que les ofrece, junto a la enseñanza de ramos técnicos, algunas cátedras de cultura general.

A quinientos alumnos alcanzó en 1923 la población escolar de la Universidad de Concepción, comprendida la sección popular de Talcahuano. Para satisfacer esta clara confianza que en ella se ha depositado, nuestra Institución ha seleccionado cuidadosamente su personal docente, llamando de fuera y especialmente para servir algunas cátedras a varios profesionales, y ha dotado a sus Escuelas de espléndidas y modernas instalaciones. Entre éstas debemos anotar los tres Laboratorios de Química, uno de Farmacia y Toxicología, la Farmacia Modelo, que además de servir los intereses públicos, permite a los alumnos adquirir la práctica profesional y a los profesores, formar en aquéllos una sólida base de moralidad profesional; un Laboratorio de Oporteria, una sala de máquinas, amplias Clínicas dentales con capacidad para el trabajo simultáneo de noventa alumnos y dotadas de valioso material adquirido por la Universidad en casas norteamericanas; un Laboratorio de Rayos X, Talleres de Prótesis, Ortodoncia, Vulcanización e Incrustaciones, Laboratorios de Fisiología, Histología y Bacteriología, un Pabellón para los trabajos prácticos de Anatomía construido por cuenta de la Universidad; un Gabinete de Psicología Experimental y Antropología, Bibliotecas, etc., etc.

Para dotar a sus Escuelas de edificios apropiados a la enseñanza, construye actualmente una casa en que funcionarán las Escuelas de Farmacia, Química Industrial y Medicina, y ha adquirido, en el barrio de la ciudad que más se presta a este objeto, un terreno de seis hectáreas de extensión donde se elevará la futura Universidad, dotada de numerosos pabellones, campos de juego, piscinas, residencia y hogar de estudiantes, todo conforme a las más modernas exigencias de la edificación escolar.

Para llegar a realizar su enorme labor de instalación, la Universidad, en sus primeros años, hubo de estar casi por completo encerrada en sí misma. Pero hace ya algún tiempo ha empezado a tomar un vivo y extenso contacto con la realidad social en que actúa. Sus laboratorios sirven las consultas de particulares e industriales de la región; los alumnos de sus Escuelas sostienen cursos gratuitos de enseñanza de sus respectivos conocimientos y mantienen clínicas populares; la sección Extensión Universitaria ha cobrado grande actividad, y desde su tribuna, la Universidad ha hecho oír la palabra de eminentes profesores, hombres de ciencia, artistas, políticos, etc.; ha fundado también un Círculo de Lecturas que, en un ambiente más reducido, desarrolla una fecunda labor;

publica ahora el primer número de ATENEA y llama hacia ella a todos los espíritus que desean hacer llegar lo más lejos posible los beneficios de la alta cultura.

En 1924 sostendrá la Universidad de Concepción, además de las reparticiones que han sido mencionadas, el primer año de la Escuela de Medicina, y ampliará su Escuela de Pedagogía con los cursos de Francés y de Alemán. Estudia también la creación de un curso de Ciencias económicas y comerciales, y se propone dar a toda su labor de extensión un notable incremento.

Dirigida actualmente por un Directorio que elige la Sociedad Universidad de Concepción, y por un Consejo Universitario, tiene en estudio un proyecto de reformas según el cual los profesores, alumnos y ex-alumnos vendrían a tener una proporcional participación en la elección de los cuerpos directivos.

Tenemos plena conciencia de la grande extensión que nuestra Universidad tiene que recorrer aún, y este mismo convencimiento es el que lleva a sus dirigentes a estudiar continuamente cuanta reforma, innovación y acrecentamiento beneficioso pueda ampliar y afirmar el prestigio de la Universidad, y a realizarlos en la medida que su capacidad económica le permite.

Cimentada ya sobre bases seguras, rodeada de general prestigio y abierta a las más elevadas y nobles sugerencias del pensamiento contemporáneo, no creemos errar si afirmamos que la Universidad de Concepción prestará al país en días que están muy cercanos una cooperación que deberá igualarse a la de las más grandes fuerzas espirituales de Chile.